

**1, h. FRUTO CHAMORRO: BREVE
COMENTARIO A UNA INTENSA VIDA**

I

Fruto Chamorro, cabeza de familia

Alboreaba el siglo XIX, llamado de las luces por los mismos hombres que lo vivieron. El estudio de las ciencias progresaba en las provincias españolas de Centroamérica. El Ayuntamiento de Granada abrió una casa para alojar a los que quisieran enseñar y a los que quisieran aprender. Los jóvenes amaban las letras y se afanaban por la ilustración. La nueva Universidad de León de Nicaragua había sido incrementada con varias cátedras. El Ilustrísimo señor don José Antonio de la Huerta, primer obispo nicaragüense que rigió la Diócesis de León, puso esmero en el Colegio Tridentino, de donde salieron alumnos muy aprovechados, que hicieron raya de excelencia al pasar exámenes en Guatemala, *Capital de la Capitanía General*. Entre éstos llegó el joven hidalgo granadino Pedro Chamorro, perteneciente a una de las principales familias del patricido criollo, que tanto había influido en la formación y desarrollo de la provincia.

El Ilustrísimo señor don Francisco de Paula García Peñalé, en sus "Memorias Para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala", relata este episodio de la enseñanza nicaragüense, de esta manera:

"No tardó en verse el fruto. El cursante Pedro Chamorro, natural de Granada, que comenzó su estudio de Derecho en León, y vino a concluirlo a Guatemala, en acto dedicado a su tío, Cura y Vicario de la misma ciudad de Granada, dice un artículo de La Gaceta de 25 de Febrero

de 1805, ofreció defender en dos días consecutivos a mañana y tarde los 3886 cánones compilados en el Decreto de Graciano con las conclusiones que de ellos se deduce, en lo que se conformen con la doctrina de la Iglesia Católica, y las Leyes, usos y costumbres de nuestra nación, con discernimientos de los genuinos y apócrifos, arreglado a la crítica de los mejores autores. Dar noticia de los Concilios generales y particulares de los Sumos Pontífices, Santos Padres, escritores eclesiásticos, y demás lugares que se hallan citados en el mismo decreto. Contestar las preguntas que se le hagan sobre los Concilios generales que se han celebrado, y en qué tiempo, el número de Obispos que asistieron, los cánones que han establecido los Sumos Pontífices y Emperadores, en cuyo tiempo se celebraron, y las causas de su convocación con todo lo concerniente a la más exacta inteligencia de la disciplina eclesiástica y Derecho Canónico. El joven actuante, escribe el editor, ha desempeñado admirablemente sus funciones. Contestó con puntualidad a cuantas preguntas se le hicieron, resolviendo los argumentos del modo más convincente. Justamente es de celebrar que haya hombre capaz de una erudición tan vasta y de una memoria tan feliz".

El joven estudiante tuvo también fruto de pecado en esos años tempranos del siglo de las luces. Sus estudios le dejaron tiempo de vagar para distraerse en amores con una mujer de apellido Pérez, en la cual hubo un hijo bautizado con el nombre de Fruto Pérez. Quién era ella? Cuál era su calidad? Muy difícil es averiguar este dato de manera cierta. Siempre rodea un espeso silencio a las madres de los hijos bastardos de la Colonia, mujeres que sin embargo tuvieron grande importancia en la incrementación de estos poblados. Son ellas las fecundas madres desconocidas que actuaron en desgracia de carencia de bendiciones, y cayeron después en el misterio del pasado incierto de las colonias hispanoamericanas. Unos dicen que ella fué una

fresca india guatemalteca; otros, que una criolla perteneciente a la clase media. Sea como fuere, don Pedro no negó la paternidad del fruto de sus amores de estudiante. Lo protegió en su infancia y facilitó a la madre los medios para educarlo en su juventud.

Este es el origen de don Fruto Chamorro que tanto que hablar ha dado en los anales azarosos de Nicaragua, en su primer siglo de Independencia.

Fruto Pérez, que así se firmaba en aquel entonces, hizo buenos estudios en las escuelas y universidades de Guatemala, y con especialidad se distinguió en las matemáticas, que en sus disciplinas ordenan criterios rectilíneos por las deducciones ineludibles que les presentan. Durante esos estudios, en la capital del Reino, pudo presenciar la agonía de la Colonia y el alborear de la Independencia. Vió reunirse, un 15 de Septiembre, solemnemente al Ayuntamiento, escuchó la lectura de una acta famosa, y pudo contemplar y comprender los desórdenes que produjo el eclipse de la legitimidad de las autoridades, al pasar de un sistema a otro. De la fuente que emanaba la legitimidad del Rey, la pasaron a la fuente de la voluntad soberana de un pueblo, que formaba apenas un protoplasma de nación, que se afanaría desde aquella fecha en organizarse por la violencia.

El año de 1824 murió don Pedro Chamorro en la villa de Santiago de Managua, en Nicaragua, a donde se había trasladado de Granada, con su familia, huyendo de las persecuciones de Cleto Ordóñez. El hijodalgo de los exámenes excelentes, dejaba al morir a su viuda doña Josefa Alfaro, cargada de hijos y en situación económica bien difícil. Poseo seis cartas escritas desde Managua por don Pedro Chamorro a don Dionisio de la Quadra, durante aquella calamitosa situación. En ellas están descritas las exacciones y la penuria a que Ordóñez sometió a sus enemigos. En una

misiva de 19 de Diciembre de 1823, habla de la desesperación peligrosa que están produciendo en los ánimos las medidas violentas de Ordóñez, y termina: "Todo sirve de pretexto para atacar mis propiedades y la de algún otro **emigrado**, lo cual, aseguro a usted, mudará la conducta en ésta, pues ya no queda individuo sin ultraje, ni propiedad que no sea destruída". Esos emigrados, que llama don Pedro, procedían de León y de Granada, y formaban una legión de fugitivos, en el primer acto de la tragedia nicaragüense.

Meses después, ya muerto don Pedro Chamorro, doña Josefa Alfaro escribe el 25 de Octubre de 1824, al mismo don Dionisio de la Quadra, una carta llena de angustia, en cuya página exclama: "Así con toda confianza le significo que la muerte de mi finado marido, el destrozo causado en nuestros bienes, la ninguna cosecha de las haciendas, todo ha contribuído a sumirme en triste escasez".

Ante este cuadro de negra perspectiva, que don Pedro divisó como porvenir de su esposa y su familia, pensó con dolor que no podría su compañera correr sola la tormenta, y le aconsejó que llamara al hijo natural que tenía en Guatemala, Fruto Pérez, para que le ayudara a sanear los bienes, organizar de nuevo la fortuna familiar, y educar a los hijos.

El bastardo fué requerido por la madrastra, y algunos años después, en 1827, vino a Nicaragua. Doña Josefa Alfaro de Chamorro lo recibió con cariño. Para mostrarle confianza y para incorporarle entre los hijos propios, lo obligó a mudar su apellido de Pérez, el de su madre, por Chamorro, el de su padre. Operando en ese campo en pocos años ganó Fruto Chamorro el mayorazgo de la familia legítima de su progenitor.

CARLOS CUADRA PASOS

Tenemos pues a don Fruto constituido en cabeza de familia. El ejercicio de esa noble autoridad, principio y ejemplo de todas las demás que rigen en el mundo, enseria al hombre y le da la conciencia del deber, que obliga al personal sacrificio por la felicidad de los que le están subordinados.

Don Fruto no alcanzó ninguna altura por improvisaciones de la suerte, ni por la fuerza de arrebatado destino. Subió por la escala rigurosa de estrechas obligaciones bien cumplidas. Muy joven era entonces, y muy dura su tarea. Aunque las persecuciones directas a los Chamorros habían pasado, sus propiedades quedaron arruinadas, sus negocios, interrumpidos, sus posibilidades abatidas. El medio económico general del país no abría perspectiva por la cooperación de otros capitales, porque todos sufrieron igual mengua. El crédito estaba corrompido por la usura logrera de las grandes crisis. Pero, con orden estricto, con inteligente economía fué don Fruto poco a poco organizando los negocios, reparando los inmuebles. Todo ello sin dejar de atender a la posición de la viuda y a la educación de sus hermanos menores.

Ejerció una dirección acertada de padre de familia, que cogía para sí toda la parte de sacrificio de la empresa. Es el mejor ensayo a que puede someterse un ánimo varonil y honrado, para intentar después direcciones más amplias, en faenas de mayor calibre.

Como cabeza de una de las principales familias patrias de Granada, Fruto Chamorro se dedicó por entero a una actividad social muy viva y accidentada. Su buen éxito en ese empeño, le llevó a tener una influencia considerable en la sociedad en que vivía.

Rigió su casa con mano firme y método severo; pero puso en ello su corazón. Fué grandemente respetado y ama-

ESTUDIOS HISTORICOS

do de sus hermanos menores. De ese punto esencial se expandieron las esferas de sus influencias sociales, decisivas en Granada. Pero andemos despacio, veamos antes cómo era esa sociedad en que actuó.

Don Fruto, Director de Sociedad

Es un error investigar la influencia poderosa de don Fruto sólo en el campo de la política; y más error todavía el creer que su personalidad debe ser juzgada únicamente por su buena o mala actuación desde los Poderes Públicos. Su primera nave en Nicaragua fué la familia, y ya vimos que la rigió como buen piloto; pero la mar en que le tocó navegar, en tiempo duro, estaba muy agitada y revuelta. Cuando la Colonia llegó a su plenitud, la tranquilidad social prevaleció en Nicaragua. Las clases sociales estaban jerarquizadas en un orden razonable de conformidad con las ideas que prevalecían en la época, se desenvolvían en el cumplimiento de sus respectivas obligaciones. Defectuoso ese orden innegablemente en ciertos aspectos, iba sin embargo perfeccionándose en virtud de una tranquila evolución de una vida hasta cierto punto apacible. Observada de abajo para arriba se notan deficiencias en cuanto a justicia social para los que servían. Tomada de arriba para abajo, se compensa la situación, en cuanto se derramaba en la forma del deber de proteger, por parte de los superiores. Las casonas de los patricios criollos eran tenidas por cosa del pueblo. Los maestros en los talleres obraban como padres de una familia formada por oficiales y aprendices. El patrón en el campo procuraba ser autoridad agradable a sus sirvientes. Los conflictos eran pasajeros, sin adquirir el carácter de convulsiones, que después les imprimió la política.

La base de esa tranquilidad estaba en una autoridad pública indiscutida, porque descansaba en un principio de legitimidad tenido por axiomático. Es la legitimidad una fuente de autoridad, impalpable e indefinible, que produce la conformidad natural de los que obedecen con respecto al

que manda. La legitimidad para las colonias hispanoamericanas emanaba del Rey. Era para los nicaragüenses un ser lejano e invisible, de cuya existencia tenían conciencia, y en cuyo poder incontrastable fincaban fe, por razón tradicional que nacía de la imposición de la conquista, y otras operaciones que lo exhibían grandemente poderoso, para infundir respeto al través de sus delegados y agentes.

Vino la independencia y quitó bruscamente esa base al edificio de la autoridad. Es un axioma de la historia que cada época no puede tener más que un solo principio de la legitimidad. Por esta razón cambiar ese principio es una de las operaciones más arriesgadas de la vida de las naciones. Es imposible el cambio pacífico de un viejo principio de legitimidad por otro nuevo. Por ello todo principio de legitimidad al caducar produce una crisis política intensa y durable. La independencia fué cosa necesaria y aún inevitable, porque la legitimidad del Rey español se puso en trance de caducar. Pero con todo resultó una gran conmoción social más que por la **separación de España, por el rompimiento con ese Rey decrepito en que culminaban todas las concatenaciones legítimas de la autoridad.** Por la Independencia unos pocos próceres dijeron al pueblo: "Ya el que te ha de mandar no emanará del Rey, ni de ningún poder invisible y superior, sino que emanará de tí mismo, pero por de pronto seremos nosotros, y sólo nosotros, tus gobernantes".

Se rompió la cadena de eslabones lógicos conforme al criterio del día, y el pueblo perdió al mismo tiempo el respeto y la confianza en una autoridad que veía en el aire, sin base apreciable de legitimidad. Al mismo tiempo las nuevas autoridades se sintieron sin responsabilidad, que antes era exigida en los temidos juicios de residencia. Tenían las manos libres para buscar el respeto del pueblo por la simple imposición armada. Las autoridades de Granada

por el rompimiento de esa lógica, negaron su respeto a las superiores de León. Por igual impulso las de León perdieron el respeto a las de Guatemala. Estas se quedaron flotando sueltas de toda legitimidad, comprensible para el pueblo, dando voces de mando, que se perdían en los ecos de la capital y no llegaban a las provincias, federadas sólo en la constitución escrita.

La destrucción del concepto de autoridad produjo en las masas la subversión social. Los próceres de la Independencia ingenuamente creyeron que realizaban una operación fácil de *sustituir un sistema por otro dentro de los límites de la mera política*. Que podían apartar al Rey cortando la liga de una incómoda subordinación; y que ellos ipso facto, subirían al primer plano, conservando todos los elementos tradicionales que juzgaban inmutables: la iglesia para el orden espiritual; las prerrogativas de clase para el orden social. Pero las masas tenían un sentido más realista del problema. ¡Se acabaron los **dones!** gritaron alegres por las calles. Las razas, no bien fundidas por el mestizaje, tendieron a revivir antiguos resentimientos. En Granada por ejemplo, hubo rozamientos cruentos, entre Jalteva, la plaza indígena, y la plaza principal, que se decía española.

Un día, con susto de los magnates, subió al poder Cleto Ordóñez, cifra del sentir popular, que apartó a Sacasa, signo del antiguo orden. Incontinenti decretó la abolición del tratamiento de Don, expresivo del viejo señorío. Mandó a raspar los escudos de los zaguanes de las casonas. Fueron expulsados los frailes y clausurados los conventos. Se oscureció la enseñanza. Entonces vino la zozobra al ver derrumbarse el edificio social, levantado sobre el concepto de la legitimidad que había prevalecido durante los tres siglos de la Colonia.

Los jóvenes de las principales familias se apartaron con horror de la política al perecer en el patíbulo Manuel

Antonio de la Cerda, José Benito Pineda, José Miguel de la Cuadra, y otros que cayeron en el vórtice de pasiones desatadas. Vida insegura aquella. Los negocios se interrumpieron. En la Calle Real, las familias cerraban las puertas con pánico, en la prima noche, cuando decían: "Vienen los jaltevanos". La emigración era el desideratum de todo aquel que se sentía bien preparado.

Don Anselmo Rivas dice en frase de trágica precisión: "Vivían como transeúntes, sin atreverse a acometer ninguna empresa seria". Ese fué el ambiente que encontró Fruto Chamorro cuando asumió las funciones de padre de familia en la tercera década del siglo XIX. No se amedrentó, y por el contrario afirmó su ánimo de permanencia en ese medio perturbado, con propósito de luchar para volverle a sus quicios. Habló entre jóvenes, de la obligación de defender cada uno la propia familia, y todos juntos el bien público; de enfrentarse a la anarquía en forma de una acción social. Reflexionó hondamente en presencia de esa anarquía para penetrar sus raíces. Con un sentido superior al de su siglo, vislumbró la causa. No era otra que la ausencia de la autoridad por el descoyuntamiento de sus orígenes legítimos.

Don Fruto estimula la energía en el alma de la juventud granadina, que poco a poco le fué rodeando, hasta consagrarle su jefe para tal defensa social. Enfrentándose con valor lograron contener los desmanes de las turbas callejeras. Un cronista cuenta que se turnaban por las noches haciendo ronda que protegiera el sueño de las familias en las casas principales.

La autoridad permanecía ausente de todas esas operaciones de defensa social. Más aun, ella incitaba a la anarquía, porque creía que la agitación era el medio que le daba vida en la demagogia que reinaba. Entonces no se ha-

bía planteado científicamente el binomio sociedad-poder, pero se presentía que no era posible organizar el primer término, sin una acción directa del segundo. Don Fruto sentó la necesidad de procurar apartar a la autoridad de la demagogia, consolidándola con el respeto incondicional de los elementos mejores. Su idea era de que con este sistema de tolerancia de los gobernados, echaría raíces el nuevo principio de legitimidad democrática, en la conciencia del pueblo neófito, para derivar el orden público.

Perdida en el pueblo la fe en el antiguo principio de legitimidad, no penetró el nuevo que hacía emanar la autoridad de su voluntad ficticiamente soberana. El realismo popular buscó la razón de ser de esa autoridad en algo más eficaz, y la fincó en la fuerza viva, o sea en las tropas armadas. Volteó la espalda a la ficción de los comicios, y levantó el nuevo ídolo de las **cañas huecas**, como la razón de ser, visible y temible de los Poderes Públicos. La anarquía creció al oscilar la autoridad entre esas dos legitimidades, nuevo binomio, que se ha hecho legendario en nuestra política: los sellos y las armas. Don Fruto comprendió que debían combinarse con habilidad todos esos elementos para que la sociedad normalizada, conquistara una autoridad, por lo menos legitimada.

Don Anselmo Rivas cuenta en su "Ojeada Retrospectiva" de cómo don Fruto buscó a la autoridad para su obra social: "Cuando la anarquía de Granada tomó proporciones amenazadoras para el gobierno mismo, pues las exigencias de los anarquistas crecían de punto cada día, el gobierno dió tregua a sus persecuciones y permitió que Granada se defendiese. Acercóse entonces don Fruto Chamorro al Gobernador militar, que a la sazón era el General Trinidad Salazar. Este delegó su facultad en el señor Chamorro, quien, con un cuerpo de patriotas, batió en Jalteva a los anarquistas que fueron a refugiarse en el Departamento de Rivas".

Esta legión de patriotas estaba formada por los mozos bien de Granada, capitaneados por el joven Fruto Chamorro. Obrando en vigorosa acción social salvaron a la autoridada, la hicieron comprender que sus resortes no debían descansar en la demagogia y limpiaron de anarquía la ciudad. Reconocido como capitán de los jóvenes más inteligentes, ilustrados y valerosos de la ciudad, la autoridad social de don Fruto prevaleció sobre todas las clases. De aquí en adelante su influencia está en todas partes. Se interesaba en los estudios. Cultivaba las letras; y en aquel medio primitivo para hacerlas circular, practicó la artesanía haciéndose tipógrafo. Se le consultaba en los negocios. Fué árbitro solicitado en las cuestiones sociales. Apaciguaba reyertas. Predicaba la paz y el respeto a la autoridad.

Hasta ese momento su obra había sido ingente; pero permanecía insegura por estar restringida a lo local. Comprendió que el Estado constituía la única palanca para hacer culminar el orden público en toda Nicaragua. Esta consideración llamó hacia la política su lucida inteligencia, y se planteó el problema del bien público sobre los siguientes postulados, que informaron su conducta de estadista:

No puede haber sociedad organizada, sin un Estado regido por una autoridad legítima. El problema de la legitimidad es por consiguiente capital en la organización de un país. Hemos adoptado el sistema democrático como un nuevo principio de legitimidad; debemos por lo tanto tratar de robustecerlo. Ese cultivo lo hace primeramente el respeto de los que obedecen. La violencia no suprime nunca a otra violencia, solamente la sustituye. La autoridad civil debe ser sostenida por las armas, pero las armas no son por sí fuente de legitimidad.

Con estas ideas don Fruto entró al campo de la política. Difícil tarea. El enraizamiento del nuevo principio de le-

gitimidad encontraba grandes obstáculos. En la misma Europa, en las naciones más civilizadas, en el siglo en que don Fruto operaba, se debatían los pueblos en la ansiedad de sustituir la antigua legitimidad de los Reyes por la nueva legitimidad de la democracia. Napoleón, con todas las fuerzas de sus armas victoriosas y las luces de su genio, no había tenido sin embargo, éxito en la obra de sustituir legitimidades. Su autoridad fué siempre vacilante. Las naciones más adelantadas rodaban ensangrentadas en la pendiente de inseguras legitimidades.

Guillermo Ferrero, en su libro *El Poder*, dice: "Ese es el problema que domina toda la historia occidental de los siglos XIX y XX. Para resolverlo hace falta tomar como punto de partida un hecho de importancia capital: un principio de legitimidad no está jamás aislado; y no vive, obra ni se impone por su sola fuerza; sino que se armoniza siempre con las costumbres, cultura, ciencia, religión e intereses económicos de una época".

La legitimidad o muerte, se quisiera o no se quisiera, esa era la disyuntiva ineludible de la hora de don Fruto. El se hizo digno de elogio de la Historia por haberlo comprendido temprano, desde un observatorio tan ruin como era entonces Nicaragua.

Veremos cómo procuró resolver el árduo problema al actuar en la política.

Don Fruto, Jefe Político

Escribí en el capítulo anterior el programa político de don Fruto. Mal usado el vocablo programa. Saltó de mi pluma por querer trasladar viejos acontecimientos a la actualidad. Don Fruto no pudo trazar un programa, por que no fué su intención formar partido. Mejor hubiera sido decir, respecto a los puntos que señalé, que informaban el pensamiento político de don Fruto. El modo de realizarlo se lo trazaron los acontecimientos, que le arrastraron, en inevitable corriente, al escenario de los desórdenes de su época.

Error es de los que fijan su atención en el generalato de que fué titulado, investigar el carácter de don Fruto, considerándolo como un militar en acción política. Don Fruto no fué un soldado de fortuna. La dialéctica del proceso de su existencia lo hizo ser antes señor que capitán. Al fijar este punto de vista para examinar al personaje, no es que yo menosprecie el valor personal, como cualidad de un estadista. Es tal vez el valor la más eminente de las cualidades del espíritu. Si registramos la historia universal nos encontramos que es esa virtud la que más príncipes ha formado y encumbrado. Más que el talento, que la elocuencia, que todas las otras condiciones del hombre. Es la muerte el misterio que mueve todos los temores del corazón humano. Por eso el que se coloca con garbo frente a ese misterio, seduce a los demás hombres. Don Fruto lo poseyó en un grado subyugante; pero no fué la valentía la que le dió impulso a su vida política.

Se cuentan sin embargo tantos rasgos de su temeridad. Corren tantas versiones del cantar de su gesta, presentán-

dolo sin inmutarse ante la muerte, durante sus luchas, que se ha generalizado el juicio histórico, de que esa valentía era el respaldo de su ambición. Es el caso repetido en las páginas de la historia de Centroamérica por los generales caudillos. El mismo don Fruto negó esa futura interpretación que se pudiera dar a sus actos valerosos, en uno de sus discursos.

"Creéis acaso que arrostro los peligros por defender mi persona? Mi persona nada importa: es de lo que menos me acuerdo en las situaciones solemnes. No ambiciono sueldos ni destino, y mi posición social me proporciona pasarlo bien en todas partes. De pensar más en mí persona que en mi patria, menos peligro habría corrido mi vida, y ya estaría fuera de este suelo desgraciado. Pero no: custodio de las garantías públicas por la voluntad nacional, y con un corazón que jamás dejará de ser todo para mi patria, estoy firmemente resuelto a poner los medios de que nuestra joven república salga airoso de esta crisis...".

Don Fruto no ascendió la escala por imposiciones de armas. Entró por puerta civil. Ya era director consagrado de la sociedad de Granada, cuando en 1838 se convocó la Asamblea Constituyente, para abrir la segunda etapa de nuestro constitucionalismo. En Granada, no un partido, que entonces no había partidos bien delineados todavía, sino un movimiento de opinión social, formado por las diferentes clases, le proclamó su representante en la tarea de organizar jurídicamente la República. Fue pues, parlamentario su primer curso en la carrera política.

Y por cierto que dió muestras de estar bien preparado para ese curso, como hombre de pensamiento y de letras. Sus biógrafos nos cuentan de su elocuencia razonadora. Hablaba en el lenguaje recto, de deducciones inflexibles, que suelen usar las matemáticas, y que toman como módulo

natural y propio, los que formaron su inteligencia, en el estudio y ejercicio de esa ciencia. Don Anselmo Rivas, que le oyó hablar, dice: "En las Asambleas se imponía en las discusiones, por su gran inteligencia, por la exactitud de su juicio y por la lógica irresistible de su argumentación".

Para fijar en la historia el alto grado que alcanzó la elocuencia de Chamorro, obra el recuerdo de su discurso arenga pronunciado en la plaza de Granada, para levantar los ánimos después del desastre de El Pozo. Todos los cronistas que se refieren a esa pieza le dan un alcance conmovedor de masas. Fué un éxito positivo de la oratoria. Un anciano, de buena inteligencia y mucho juicio, que lo había escuchado en su juventud, me lo refería, haciendo hincapié en que aquellas frases habían arrancado lágrimas en el auditorio. Levantaron los corazones abatidos por la derrota; y los llevaron a la resolución de jugarse la vida heroicamente en la defensa de la causa que les trazó el orador.

En el ejercicio parlamentario dió pruebas don Fruto de que estaba asistido por un gran valor cívico. Antes exhibió ese valor que el militar. Ya era tenido por un líder parlamentario, a la par de Laureano Pineda y Rafael Lebrón. Sostenían la independencia del poder civil frente al militar. Figuraba en la oposición. Durante las discusiones el militarismo quiso imponerse, haciendo presión sobre los opositores, por medio de una turba insolente, que llevó a la barra para presionar a los representantes del pueblo, amenazándolos con la muerte. Se produjo una sesión borrascosa. Laureano Pineda pronunció en alta voz la consigna para los opositores: "Morir como Senadores Romanos". El General Muñoz, Jefe de las armas, quiso retirarse para que las turbas operaran en su ausencia. Don Fruto Chamorro se cruzó en la puerta, y le dijo, en tono comedido, pero muy firme: "General, usted no sale de aquí mientras no cese ese albo-

roto. Si hay un atentado usted morirá junto con nosotros". Dice la crónica que el General Muñoz permaneció en el recinto del Congreso, convertido en **guardián de sus antagonistas**.

Fruto Chamorro ascendía cada vez en su carrera parlamentaria. Por su destreza y solidez en la palabra y en el pensamiento, en 1844 fué nombrado representante de Nicaragua en la Dieta Centroamericana, reunida en la ciudad de San Vicente, en la República de El Salvador, para hacer una de tantas tentativas de reconstrucción de Centroamérica. En la Dieta puso nuevamente en evidencia sus cualidades de parlamentario, y logró ser nombrado Supremo Delegado, título que tenía la significación de Presidente de la República Centroamericana.

En toda esta actuación de opositor y de parlamentario, domina la dialéctica del proceso de la vida de don Fruto sin solución de continuidad. Se ve que su objetivo es la cimentación del principio de legitimidad democrática, por el respeto de los que obedecen. En la consecución de este ideal opera de manera uniforme. Y es aquí donde hay una distinción en su conducta, que no se observa en ningún otro de los políticos que hayan alcanzado condición de jefe. Jamás fué ni quiso ser conspirador, ni faccioso.

Casi siempre le tocó a don Fruto operar en la oposición. No alcanzan a un lustro los años en que haya actuado en alturas. Pero fué precisamente en esa oposición en donde se reveló como un carácter, no por haber permanecido en ella, sino por haber sabido infundirle un tono de moderación y *al mismo tiempo de dignidad, que no ha sido acostumbrado en Nicaragua*. Siempre mostró respeto a la autoridad. Ese respeto lo hacía a él mismo respetable, porque lo envolvía en una silenciosa y modesta dignidad. No fué obstruccionista, estuvo listo a cooperar con la autoridad,

cuando el bien público lo requería. Más de una vez se le vió, por amor al orden, salvar con su energía situaciones que le eran hostiles.

Dos eran las grandes preocupaciones que le dominaban: cimentar el principio de legitimidad, y combatir al militarismo. Solía decir que la autoridad democrática nunca sería cosa cierta y firme, mientras las armas no se subordinaran a las togas.

Don Fruto siempre hacía responsable por igual de la anarquía reinante a los gobiernos salidos de la demagogia y a la oposición que se revolcaba en ella. Cuando le proponían revolucionar se negaba diciendo, que sólo la obediencia paciente de los ciudadanos podía consolidar nuestra incipiente república. No era esta una resignación cobarde, ni siquiera pasiva. Pedía la crítica valerosa de los hechos malos. Aconsejaba la oposición serena y digna. Pero jamás la violencia, medicina más temible que el mal que se trataba de remediar.

Era aforismo repetido en discursos y en conversaciones por Chamorro, el que sólo obedeciendo se aprende a mandar. Es este el meollo de la política civilizada. Razonar la oposición, no usar la obstrucción como táctica, envolver la propia personalidad de un halo de dignidad, y dejar que las posibilidades de gobernar vengan por sus pasos contados, sin precipitarse a topirlas. Es esa política la que le da grande singularidad a la persona de don Fruto. En Nicaragua no existían más que dos caminos para llegar al poder: el cultivo de la demagogia y el uso de las armas. El los declaró veredas, y se negó a transitar por ellas. Sin embargo, llegó a la cumbre.

Como una muestra de esos procedimientos recordaré su anécdota con el General Muñoz. Figura simpática y

atrayente en la milicia era la de Muñoz. Bien parecido, elegante, valeroso, lucía con garbo el uniforme y se imponía a la tropa. Pero hizo de esas cualidades instrumento de prevalecimiento. Muñoz imponía las armas a la toga. En la administración de don José León Sandoval fué nombrado don Fruto Ministro de Hacienda. Muñoz era Comandante General. Para intimidar al Ministro, el Comandante lo invitó a presenciar la revista de sus ochocientos veteranos, respaldo de su poder. Algo dijo Muñoz a Chamorro que significaba amenaza. Don Fruto contestó en tono suave: "Recuerde Ud. mi General, que cuando fuí su subalterno, siempre me le mostré sumiso. Hoy soy su superior y sabré hacerme respetar". En esa frase estaban revelados el carácter del hombre y una doctrina de gobierno.

En lo de su adhesión al principio que subordinaba la milicia al orden civil, dió una prueba que le coloca como alto repúblico. Era Director del Estado el licenciado don Laureano Pineda, Benemérito en el grupo a que pertenecía don Fruto. Permanecía en el mando del ejército el General Muñoz. Las dos autoridades chocaron por los avances del militar. Agudizadas las cosas, Muñoz depuso a Pineda. A tal punto había llegado el predominio de lo militar, que Muñoz en una proclama se expresó así, al noticiar la deposición de Pineda; "He encontrado rodando por la plaza de León las riendas del gobierno, y las he confiado al señor Senador don Justo Abaunza, para evitar la anarquía".

En Granada decidieron, encabezados por don Fruto, permanecer obedientes al orden civil. Se levantó un ejército de ciudadanos. Se reunió el Congreso y eligió a don José Montenegro, Director Provisional, y a don Fruto, Comandante General. Chamorro no aceptó, porque dijo que esa era una bifurcación de la primera autoridad, que debía prevalecer en lo civil y en lo militar. Entonces se le nombró sólo General en Jefe y subordinado a la autoridad

civil de Montenegro. Aceptó, avanzó con actividad sobre León y dominó a Muñoz. Incontinenti fué llamado el deserrado Laureano Pineda para que siguiera en el ejercicio de su autoridad, por el tiempo que le correspondía de conformidad a la Constitución. Venido Pineda, Chamorro entregó el mando del ejército, y se retiró a su casa como simple ciudadano. El principio de la legitimidad, había prevalecto consolidado por el gesto de Chamorro.

En toda la historia de nuestro país no se encuentra un ejemplo igual a este. Por el esfuerzo militar de don Fruto, por su actividad, por su fortuna, reconquistó el poder de manos del usurpador. Lo tuvo en las suyas y resistió la tentación. Lo resignó en cumplimiento de la ley escrita. Fué leal a la doctrina que tantas veces había predicado desde la oposición. Y logró destruir a la Comandancia General como poder aparte del Director del Estado, para gobernar. Por fin se logró en nuestra vida republicana, subordinar las armas a la toga. El fantasma de las **cañas huecas** fué quebrantado, y consolidado el principio de la legitimidad democrática.

Después de esta acción el encumbramiento de don Fruto vino como una consecuencia natural. Fué elegido para la Dirección del Estado. Había llegado la hora de poner en práctica su ideología. Pero, también muy naturalmente, la contradicción brotó por todas partes con violencia. Don Fruto hablaba de autoridad y en el hervidero de la demagogia, es en donde se fermentaban todas las ambiciones. No era fácil, ni obra de un día, aplastar a ese monstruo.

El concepto de la política en ese tiempo era el **quítate tú para ponerme yo**. El irrespeto que se tenía por los títulos del gobernante está descrito en el episodio de la caída del Director Supremo don José Zepeda. Braulio Mendiola, sujeto de malos antecedentes, que se hallaba en las cárceles

como delincuente, se alzó con los otros presidiarios. Las turbas alegres lo apoyaron. Los ambiciosos vieron abierta la oportunidad. Llegaron a prender al Director Zepeda, quien dormía a esa hora. El mandatario preguntó: Quién ha ordenado mi prisión? Mendiola, el presidiario, contestó con arrogancia: **El Pueblo Soberano**; y señaló a sus compañeros de presidio.

No deseo seguir paso a paso la historia. Son éstos, simples comentarios. Estalla la revolución. El país respondió en un clamor de desorden. Don Fruto se vió reducido a la ciudad de Granada. Peor todavía, a la mitad de la ciudad de Granada. Todos juzgaban perdida su causa. El vió sin embargo que era el momento de afirmar el principio trascendente: **legitimidad o muerte**. La disyuntiva permanente de la democracia. Nada afirma una doctrina como su defensa heroica. Don Fruto no impuso la defensa, la propuso. Preguntó a Granada, en el discurso arenga de que he hecho referencia: "Defenderéis la causa de la libertad o huiréis cobardes a la vista de los rebeldes"? Granada aceptó el sacrificio. La pelea fué sangrienta. El sitio riguroso. Los sacrificios enormes pero voluntarios, y presididos por el jefe, que no escatimó ninguno.

En esos días de ciudad sitiada, de hambre, de pelea diaria, de ansiedad, andan ahora, historiadores apasionados, escarbando para buscar medidas rigurosas que les puedan servir para acusar de déspota a don Fruto Jefe Político.

Don Fruto fué severo pero no tirano. Creyó que el principio de la legitimidad sólo podía prevalecer con una afirmación rotunda. Reducido en la lucha a la última expresión, lo siguió afirmando. Reaccionó la situación por su coraje. Se impuso. Y cuando había ganado la partida e impuesto su doctrina, Dios que va por caminos de misterio, lo retiró por mano de la muerte de la tarea.

ESTUDIOS HISTORICOS

Hace temblar mi alma de creyente, sumisa a la voluntad Divina, presenciar esos actos incomprensibles de la Providencia, que en la historia de la humanidad, suele retirar de la escena a los mejores actores en el instante de culminar la obra.

Aquí guardo silencio. Pero aún me falta otro comentario.

IV

Permanencia de don Fruto

Señores Doctores

Pedro Joaquín y Diego Manuel Chamorro.
Queridos amigos:

De una conversación sostenida con ustedes nació el proyecto de escribir estos comentarios. Al procurar los tres, en animada plática, derivar alguna filosofía de la historia de don Fruto, nos fijamos en la facilidad con que vuelve este personaje a ponerse de actualidad, y a ser tratados sus actos como cosas de hoy, cada vez que se agita la política de Nicaragua. Don Fruto no tiene estatua, por un olvido injusto de sus partidarios, pero si tuviera, como la del Comendador, abandonaría su pedestal, y penetraría, personaje vivo, en el escenario de nuestras reyertas. Esa permanencia es una de las características de los hombres simbólicos. Máximo Jeréz goza de igual prerrogativa. La razón es que las cuestiones que se suscitaron alrededor de estas dos figuras, constituyen, *corrido un siglo, la política actual de nuestra patria.*

Es lamentable que los detractores de don Fruto nunca examinen la trascendencia de su personalidad. Sienten su peso, pero recargan el contrapeso en la balanza, con menudencias y con falsas imputaciones. Procuran estrechar su acción, en los pocos años de su agitadísimo período de gobierno. He aprendido en la historia que muchas veces el odio se abre como una llaga sobre la admiración. Benito Jerónimo Feijóo, en una de sus Cartas Eruditas y Curiosas, trata con donaire de esta paradoja de aborrecer lo que se admira, y dice que examinando esta disposición de ánimo, el Padre Famiano Estrada, pinta en Guillermo de Nassau

tal sentimiento respecto del poderoso Duque de Alba: "Quem palam oderat, clam admirabitur".

Don Fruto es en la historia de la Nicaragua independiente, un mojón de gran visibilidad, que separa las dos etapas recorridas hasta hoy en la organización del Estado. Vimos cómo se desarrolló la primera etapa, que he llamado el protoplasma de nuestra república. En todas las hispanoamericanas se observó por aquella época el mismo fenómeno de inseguridad nacional e internacional. Pesaba sobre nuestros estados la irritante desconfianza de los países civilizados. En todas, la inseguridad individual, la incertidumbre de los negocios, eran aflictivas. Francia, que se agitaba también en convulsiones parecidas, nos oprimió con una regla diplomática, que trazaba para hispanoamérica el trato de los países semi-salvajes. Bolívar, genio máximo de América, murió entristecido y desengañado por esa situación, que trazó en este párrafo de su discurso de Angostura:

"No ha sido la época de la república que he presidido una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular: ha sido, sí el desarrollo de todos los elementos desorganizadores; ha sido, sí, la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela".

En Nicaragua resulta más sombrío el cuadro. Nación sin contornos que la precisara en las relaciones internacionales. No era una colonia; no se podía llamar Estado de una Federación, porque había sido rota; tampoco podía tomarse como una república independiente, porque en su misma Constitución se declaraba parte de la destruida Federación. Por esta incierta manera de vivir no podía crecer, ni desenvolverse. Carecía de crédito económico y moral en el exterior. Su administración se perdía en el rodar de gobiernos efímeros, y en vaguedades sangrientas de una anarquía sin sentido.

Como he dicho en los artículos anteriores, don Fruto caló el mal y se propuso combatirlo. Antes que todo había que cimentar el principio de legitimidad, porque sin él no puede operar la autoridad. Dice Ferrero que los pueblos se preguntan con ansia, y sin recibir contestación definitiva: ¿Por qué unos hombres tienen el derecho de mandar y otros hombres el deber de obedecer? Contestar esa pregunta más por la acción que por la palabra ha sido la obra de los fundadores de repúblicas. La dialéctica de don Fruto ante esa interrogación establecía como primordial el deber de obedecer.

Principalmente obliga ese deber a los mejor preparados, a los privilegiados por motivos de clases o por otras circunstancias de la fortuna. Ellos deben dar el ejemplo de la obediencia. Así, y sólo así se logra organizar un país. Únicamente sobre la conformidad del ciudadano puede culminar la serenidad de la autoridad. Este ha sido el secreto de los sajones. Sobre estos dos factores edificaron el bienestar de la nación. Como segundo término don Fruto establecía, que la superioridad moral del que manda, es lo que justifica el derecho de mandar. Este término excluye la improvisación de personajes. Difícil resultaba, yo lo comprendo, la doctrina de don Fruto; pero es ella la doctrina del clasicismo. Don Fruto fué un clásico de la política.

Opuesta a esa doctrina está otra más fácil de practicar, que sienta a la desobediencia como base de la libertad. Que propone a esa libertad como fuente de la igualdad, y que presenta al poder al alcance de la mano más atrevida. Deja la puerta abierta para todas las improvisaciones de hombres. Es la doctrina del liberalismo romántico.

Cuando don Fruto llegó a la cumbre, al asumir el poder, con noble franqueza expuso su pensamiento de la autoridad, en su famoso discurso de toma de posesión. Es un

texto que parece escrito en estos días del Siglo XX. Surgió incontinenti la reacción natural, la antítesis, sostenida principalmente por Máximo Jeréz. La pluma de un Plutarco qué comparación más interesante pudiera hacer entre estas dos figuras que culminan al mismo tiempo sobre signos contrarios. Don Fruto es lo clásico, Jeréz es lo romántico. Recuerdo que Goethe en una de sus conversaciones con Eckermann, exclamaba: **Lo clásico es lo sano, lo romántico es lo enfermo.**

Ya hemos visto la trabajosa autoformación que tuvo don Fruto. Quiero con ustedes, aquí en lo íntimo, echar una breve ojeada sobre Jeréz. Declaro que no me es antipática su personalidad, porque fué un brote natural de las circunstancias. Es oriundo también de una familia hidalga. Joven de imaginación vivísima, de buena inteligencia, de alma sensitiva y de espíritu exaltado. Su primera exaltación fué de orden religioso y le llevó a las fronteras del misticismo. Es creyente y púdico. Va a París, la ciudad sabia y alegre, en donde tantos intelectuales hispanoamericanos han perdido la fe y el pudor. Regresó escéptico y mundano. Encontró a su patria desorganizada en las precipitaciones violentas de la demagogía. Lector de Voltaire y de Rousseau, que había absorbido el módulo del París revolucionario, pone su barca a favor de la corriente, con ánimo de prevalecer. Don Fruto entre tanto bogaba afanoso contra la corriente. Estos dos hombres eminentes, plantearon sobre el pizarrón de nuestro destino, las grandes cifras del problema de la organización de la República. Aun se mueven y barajan en el juego de la política.

Ellos son las iniciales de los partidos históricos. Inútil sería buscar antes de don Fruto un partido conservador en Nicaragua. No podía haberlo, porque como su nombre lo indica, el conservatismo procurara conservar, y por aquel entonces no había elementos de conservación. Frente a la

demagogia sólo se oponían de vez en cuando algunos hombres honrados que reaccionaban. Pero la reacción lógicamente los hacía volver la cara a la colonia, que estaba perdida para siempre. Por consiguiente, se encontraron en un callejón sin salida, acosados por el infortunio de no tener causa razonable. En cambio, los demagogos podían correr sin riendas por un campo libre.

Fué don Fruto el primero que trató sistemáticamente de organizar al país sobre el nuevo principio de legitimidad, robusteciéndolo. Cuando llegó al poder procedió al desarrollo de un plan razonable. Dió contornos a Nicaragua, haciéndola una república independiente. No era don Fruto un separatista, por el contrario cuando la Dieta de San Vicente se esforzó por salvar la Federación. Pero era un realista; y así sobre la realidad procedió a dar fisonomía a Nicaragua, para poderla presentar en el mundo internacional. En seguida fué directo al cultivo del principio de la legitimidad. Por ello su partido se llamó legitimista. Como a Bolívar, se le vino encima el caudal desbordado de la demagogia. No se arredró, y afirmó su doctrina con un esfuerzo heroico de resistencia. Murió durante ese esfuerzo, sin llegar a los cincuenta años y sin concluir materialmente su obra.

Todos, hasta los enemigos de don Fruto, están de acuerdo que si hubiera vivido, con su energía hubiera pacificado completamente a la República, sin dar lugar a la venida de los filibusteros. El mismo Walker abrigaba esa creencia. A mí me parece que la conmoción terrible de la guerra nacional vino a dar un sentido también nacional al pensamiento de don Fruto, que ya había tomado la consistencia de un programa. Nicaragua, república independiente, con un gobierno legítimo, de legitimidad justificada por la superioridad moral del que la ejerce, y moderada la autoridad por su duración restringida a períodos de rigurosa alternabilidad.

Es esta la obra de don Fruto. En la Historia de Nicaragua se conoce con el nombre de los Treinta Años. Altiplanicie llena de frescura, en que nuestra patria se saneó de males demagógicos y tomó respiro para su marcha hacia el porvenir. Pero fué consecuencia del impulso de don Fruto. El cerró la época informe, y abrió la nueva etapa conforme a su plan que el mismo Jeréz tuvo que aceptar y acatar, al ver desfilar la serie de patricios que gobernaron a la llamada Suiza Centroamericana, bajo la doctrina de su rival.

Entonces aparece el Partido Conservador, porque ya había en Nicaragua algo que conservar: un equilibrio entre la autoridad y la libertad, que permitía desenvolverse al pueblo hacia la definitiva organización.

A mí me parece que sin duda ninguna don Fruto fué el fundador espiritual del Partido Conservador. También fué constructor del escenario en que debía actuar ese partido durante los Treinta Años. Por ello don Fruto adquirió la permanencia de su personalidad. Es indudable que en ese equilibrio entre la autoridad y la libertad debe residir la esencia de la democracia. Cuando ese equilibrio se pierde, para el sentido conservador debe salvarse primero la autoridad, para el sentido liberal debe salvarse primero la libertad. Pero resulta que del procedimiento conservador florecen libertades verídicas, y con el pensamiento liberal, la libertad imposible sin autoridad honorable, se vuelve una falacia.

Fueron tan razonables las preocupaciones de don Fruto por la legitimidad, que todavía hoy rigen nuestros pasos. Nuestro pueblo se atormenta ante la interrogación planteada por Ferrero: ¿Por qué unos hombres tienen el derecho de mandar y otros el deber de obedecer? Don Fruto la resolvió lanzando el ancla en nuestras propias aguas para

asegurar la barca. En las ansiedades de hoy, todavía con la cuerda de la legitimidad en la mano, se busca de qué bastión atarla. Se piensa en el reconocimiento o no reconocimiento de los Estados Unidos, que legitime poderes o los anule. El señor Larreta, desde el Uruguay, proyecta levantar el bastión de la intervención colectiva, con el mismo fin de fortificar la legitimidad. Aun vaga el fantasma del Rey en la subconciencia de los hispanoamericanos. Pero al final no queda más remedio que botar el ancla en las aguas propias, como lo hiciera don Fruto. El ancla de la conformidad de los que obedecen y de la responsabilidad moral de los que mandan.

Don Fruto tiene permanencia innegable en nuestra historia, pero esa permanencia debe ser de ejemplaridad en el Partido Conservador. Cuando tal ejemplaridad ha prevalecido, el Partido Conservador ha caminado por vías naturales hacia la conquista del bien público; cuando se ha desviado de la línea de su guía histórica, el partido ha sufrido conmoción, trastorno y desgracia.

Me parece que ha faltado por parte de los conservadores una propaganda razonada e inteligente de esta personalidad, para enseñar a nuestra juventud su pensamiento vivo, como un conservadurismo legítimo y tradicional, que informe la esencia ideológica del partido.

Yo me dirijo a ustedes, dos Chamorros que han cogido la ruta de las letras y de la palabra, y con quienes, en amistosa conversación inicié estos comentarios. Se los entrego con la intención de un estímulo para esa propaganda, que encaminará a nuestro partido a lo que debe ser, conforme al dictado de ese miembro ilustre de vuestra familia: regulador del orden, sobre el equilibrio de la autoridad y la libertad.

ESTUDIOS HISTORICOS

Y me firmo amigo invariable,

CARLOS CUADRA PASOS.

(De LA PRENSA, marzo de 1947).

1, i. UN LIBRO SOBRE WILLIAM WALKER

Cuando el Doctor Carlos Cuadra Pasos escribió este estudio crítico como introducción a la edición nicaragüense del libro de Clinton Rollins: "WILLIAM WALKER" (traducido por Guillermo Figueroa y Artugo Ortega y publicado por Editorial "Nuevos Horizontes" en 1945), nadie en Nicaragua ni fuera de ella ponía en duda la autenticidad del autor y de su obra, como no la han puesto en duda desde entonces hasta hoy ninguno de los historiadores que han escrito sobre Walker. Se necesitó la acuciosa investigación de varios años del Doctor Alejandro Bolaños Geyer para averiguar que dicha obra fué una ficción del escritor estadounidense Henry Clinton Parkhurst. En su libro todavía inédito "El Filibustero Clinton Rollins", Bolaños Geyer aporta suficientes datos para probar que los capítulos que Clinton Parkhurst publicó por entregas en el diario "Chronicle" de San Francisco de California haciéndolos pasar como memorias o "reminiscenses" de un filibustero de las filas de Walker, fueron la obra de un periodista, poeta y, no hay duda que también buen narrador de historia-ficción, que en los tiempos de la Guerra Nacional era apenas un niño de once años que nunca acompañó al invasor filibustero. Su obra es una novela disfrazada de historia.

Clinton Parkhurst —o Clinton Rollins— en su obra no simpatiza con Walker lo que la hace simpática a los nicaragüenses. Su documentación histórica la basa principalmente, para mayor ironía, en la obra del mismo Walker, "The War in Nicaragua", y, seguramente en otros escritos, como también en opiniones y recuerdos de veteranos ex-filibusteros que vivían en Nicaragua a quienes visitó cuando vino a nuestro país en 1874-75.

La obra de Rollins es fascinante. Inspiró un largo y hermoso poema: "Con Walker en Nicaragua" a Ernesto Car-

denal y el historiador costarricense Enrique Guier lo llama "el Bernal Díaz de la expedición filibustera". A pesar de esos atractivos el Doctor Cuadra Pasos en su estudio, después de sorprender a Rollins en algunos errores, parece maliciar la trampa del falso cronista cuando aconseja: "Tócale al lector separar en los capítulos del libro las valorizaciones de Rollins y recoger el testimonio puro sobre los hechos".

Estas aclaraciones, cumplen con esa recomendación del Doctor Cuadra Pasos y dan así más valor a los datos y reflexiones que él aporta sobre la dolorosa historia de nuestra Guerra Nacional. He aquí su estudio:

La Academia de la Historia de Granada, eligió por unanimidad de votos a don Arturo Ortega, Académico de su número. Conocíamos los votantes las cualidades de don Arturo por el estudio de la Historia de Nicaragua, a la cual ha dedicado asiduo, el tiempo libre de otras labores; y no como simple lector de anales, sino como conservador de documentos y esclarecedor de datos. Don Arturo creció en ambiente propicio para formarse una vocación a este respecto. Es hijo del General Ortega Arancibia que tanto esmero puso en guardar para la posteridad recuerdos de hechos pasados, que él mismo presencié y vivió. Fueron el Licenciado don Jerónimo Pérez y el General don Francisco Ortega Arancibia, los dos cronistas que más hicieron para informar a las generaciones siguientes, de los sucesos complicados y trágicos, acaecidos en el medio siglo que siguió a la Independencia. Logró reunir Ortega Arancibia un archivo apreciable sobre esos papeles y frente a ese ejemplo, el nuevo Académico ilustró su memoria y formó su laudable afición.

Para corresponder a su elección, don Arturo Ortega, en el acto da lectura a un documento que guardaba. Cuando don Arturo fue Cónsul de Nicaragua, en la ciudad de San

Francisco de California, Clinton Rollins, soldado que acompañó a William Walker en sus aventuras de filibustero, ya serenado por la ancianidad, escribió una serie de artículos en uno de los periódicos de San Francisco, para relatar los episodios que había presenciado y las cosas que había observado al acompañar a Walker.

Don Guillermo Figueroa, Cónsul de Costa Rica, y nuestro Don Arturo, Cónsul de Nicaragua, en inteligente servicio de sus consulados, siguieron con interés aquellas crónicas; supieron percibir entre sus líneas el significado del dato aprovechable para la Historia de la Guerra Nacional y se pusieron de acuerdo para recogerlos, traducirlos y guardarlos.

Si esos dos centroamericanos no percibieran tal significado, los artículos habrían quedado perdidos, después de una efímera publicidad entre los lectores ordinarios del periódico que los insertó, para quienes no tenían más interés que el de una diversión pasajera como lectura de entretenimiento, sobre hechos realizados por un aventurero, igual a cualquier otro de los que han corrido por el mundo, en busca de fortuna, sobre caminos fuera de la normalidad de la ley. Para los centroamericanos esas mismas páginas tenían el valor de valioso testimonio de sucesos que afectaban hondamente los destinos de la Patria.

Cuando aquel periódico circulaba con la tinta fresca, los artículos de Rollins eran datos voladeros; pero el dato escrito se convierte en pieza de archivo cuando alguien lo fija, al guardarlo con intención; y de pieza de archivo se anima como historia palpitante, si otro individuo o él mismo lo considera en público con inteligencia. El autor Rollins fué de los filibusteros que nos trajo Walker a Nicaragua; soldado de fortuna que jugó y perdió en la última empresa del filibusterismo. Por tanto no es ni puede ser imparcial, aun-

que la ancianidad hubiera enfriado sus pasiones. Figuró como actor de segundo orden en un drama terrible. No podemos tener como verdad pura lo que él nos diga; pero ésto no disminuye el valor de su testimonio como contribución a la historia de los mismos acontecimientos.

El historiador no procede con el criterio del juez que exige de cada testigo la verdad, sólo la verdad. Al historiador para apreciar un testimonio, le basta lo verosímil del relato; pero queda obligado a seguir buscando por la comparación razonada de varias verosimilitudes, el florecimiento de la realidad histórica, barriendo el terreno sobre que investiga de las deformidades que la pasión de cada testigo, pudo amontonar sobre los hechos de la misma realidad. El historiador debe poner la atención en distinguir lo que hay en el dato suministrado por un testigo presencial de un hecho, de valoración personal del acontecimiento, intentada por el mismo testigo. De esos valores imperfectos y aun cantradictorios, en virtud de una depuración inteligente, el historiador cría la realidad histórica.

Aplicando este concepto, el documento coleccionado y traducido por los dos cónsules, que sabían apreciar los valores espirituales de sus países, tanto como los comerciales, tiene un positivo valor histórico. La Academia de la Historia de Granada así lo comprendió después de oír la lectura de don Arturo; y no pudo escatimar elogios a don Arturo Ortega, que percibió el valor de la pieza, que la archivó con esmero y que colaboró en traducirla con fidelidad. Clinton Rollins fue miembro de "La Falanje" grupo de aventureros que acompañó a William Walker en sus actividades contra Nicaragua, desde que Walker se embarcó en las costas de California en viejo velero "El Vesta", rumbo siniestro hacia nuestras playas. Los nicaragüenses tienen un concepto extremadamente malo sobre estos individuos de "La Falanje". Los creen foragidos. De las páginas de

Rollins, brota una suave rectificación sobre la conducta de los "falanjistas". Resultan hombres no perversos, que sin embargo formaron una colectividad funesta. Casi todos fueron muchachos de buena educación, éste intelectual, aquél romántico, el otro idealista. Rollins, al lamentar el mal gusto que hizo de esa sangre William Walker, exclama con tristeza: "Los que se embarcaron en "El Vesta", eran la flor de la juventud yankee".

Walker resulta inferior a sus hombres. Entre los nicaragüenses circulan dos conceptos respecto a Walker: unos exageran su valor, por el móvil de exaltarlo a fin de exaltar también la obra de su rechazo; otros lo deprimen al peso del odio transmitido por la generación que sufrió de sus manos grandes vejámenes. Rollins nos presenta un nuevo William Walker; disminuye sus aptitudes, lo pinta como un aventurero egoísta, sin grande valor personal, pobre de táctica, pero entregado al fanatismo de un ideal que por aquel entonces estaba fijo en la mente de la juventud del Sur de los Estados Unidos.

El ideal de William Walker era aciago. Esclavista convencido, creía que la esclavitud enriquece la tierra y anima el progreso de la sociedad. Creía en la desigualdad de razas como justo determinante de la graduación de clases sociales. Estimaba como una conveniencia innegable, el sacrificio de la raza inferior al servicio de la raza superior en el trabajo para lograr el desarrollo progresivo de la humanidad. Estaba empapado el jefe de "La Falanje" en las enseñanzas sociales de Aristóteles, hacía siglos superadas, como doctrina, por la igualdad cristiana.

Con todo y el **ordo amoris** que animó su pluma, Rollins tuvo bastante acierto al juzgar cosas nicaragüenses. Es sincero en su juicio, pero se debe poner cuidado en separar de su testimonio el aspecto objetivo, que es la realidad del

hecho, del aspecto subjetivo producido por la valoración que el autor hace del mismo hecho.

Tomemos como ejemplo, el proceso y muerte del General Ponciano Corral. Rollins explica la rendición de este General por el factor soborno. El General Ponciano Corral fué un jefe legitimista, de larga participación en la política del país, generoso de corazón, honrado de manos, pero que padeció del obsesionante deseo del mando supremo, que tantos criterios suele extraviar. Cuenta Rollins que en las tertulias de los "falanjistas" se hablaba de un convenio secreto entre Walker y Corral, negociado por la Compañía de Tránsito, sirviendo como agente una dama, Nila Mairena y cuyo nombre verdadero fue Irene O'Horan, a quien da un carácter de misteriosa influencia sobre la persona y los destinos de Walker. Rollins cree que después de su entrega, Corral fué defraudado por Walker quién se quedó muy campante con toda la suma entregada por la Compañía de Tránsito.

Aquí, el hecho cierto lo constituye que tales rumores circularon en las tertulias de los filibusteros. Rollins valora como veraces esos rumores. Son antecedentes apreciables del asunto: que Corral se rindió con sus tropas íntegras, sin librar combate decisivo; que puede haber existido en los tratos de la rendición la cláusula acostumbrada en los convenios de paz de nuestras guerras civiles: que el vencedor de una suma para la liquidación del ejército vencido. Pero el hecho de la venalidad de Corral, carece de verdad. Fué el jefe legitimista notoriamente desinteresado en punto de dinero, y se fue al otro mundo por la puerta del patíbulo, dejando una familia pobre. Es posible que haya medrado en la entrega de Corral, halago por parte de Walker; pero esas seducciones tiraron hacia la ambición, que era por donde podía flaquear el ánimo del caudillo. En el relato de este episodio resulta muy interesante la impresión que causó

en el ánimo de los "falanjistas" aquel crimen del jefe, cometido con crueldad y preparado con felonía. Severo es el juicio de Rollins, en otra iniquidad de William Walker: el fusilamiento de don Mateo Mayorga, joven Ministro de Relaciones Exteriores del régimen legitimista. Fué don Mateo un hidalgo, menor de treinta años, de buena instrucción, elegante de porte, muy bien acogido en todos los círculos sociales y políticos, por sus gracias de inteligencia y modales. Rollins señala el crimen como un acto terrorista, que desdice de la educación de Walker quien recibió la de un individuo de buena clase en los Estados Unidos. Si la intención de Walker fué atemorizar para dominar, dirigió mal su puntería. Don Mateo resulto la víctima propiciatoria necesaria para exhibir al filibusterismo como un elemento de destrucción, y para hacer irreconciliable su intromisión con el patriotismo nicaragüense, al cual informó temprano que *frente a ese enemigo, no le quedaba otra disyuntiva que vencer o morir.* Con todo y que Walker tuvo la falacia de hacer ejecutar el fusilamiento por un pelotón de nicaragüenses, para darle el carácter de episodio de guerra civil, la muerte de don Mateo, como la de Corral que le siguió en el sacrificio, resultó un llamamiento a reflexionar por el dolor, sobre la urgencia de la unidad nacional.

Tócale al lector separar en los capítulos del libro las valorizaciones de Rollins, y recoger el testimonio puro sobre los hechos. La mente del hombre se perturba al ponerse en contacto con las modalidades de una raza extraña. En parte supo Rollins apreciar el espíritu de esa raza, pero no le fué dado penetrar profundamente en su carácter para comprender su destino. No percibió el fondo histórico trascendental, del acontecimiento en que intervenía: LA GUERRA NACIONAL. Después de la conquista del Istmo por los españoles, es sin duda la Guerra Nacional la cifra más alta de toda la historia de Centro América. Tiene en el desenvolvimiento de nuestra nacionalidad, una significación ma-

yor y de más grande trascendencia que cualquier otro acontecimiento, incluso la Independencia.

Es posible que mis lectores duden de la certeza de este concepto. Permítanme ellos expresar algunas reflexiones que me ha sugerido el proceso histórico de Centro América. La nación que ocupa el Istmo, dividida en cinco Estados independientes entre sí, fué formada por la conquista de los españoles, como una de las partes integrantes de otra más grande nación que habitaba el Continente desde muy al norte de México hasta el estrecho de Magallanes. Esta nación crecía ligada en forma de Imperio a un vértice situado en otro Continente, océano de por medio. Esa unidad extensísima, apenas formada, fué sometida a la acción de dos fuerzas contradictorias: una centrípeta y otra centrífuga. Por desgracia la centrífuga obró desde antes de la Independencia, y alcanzó al mismo centro del Imperio, por los vicios de sus gobiernos. La monarquía de los Borbones no tuvo habilidad para el manejo de la fuerza centrípeta; delicado instrumento que instalaron los Reyes Católicos y que desarrolló la política de resortes espirituales de la casa de Austria.

El centralismo de los Borbones, de miras netamente económicas, perjudicó las ligas espirituales de aquel Imperio. La falta de comercio entre colonia y colonia, por las prohibiciones que la monarquía estableció, produjo un desconocimiento peligroso entre las diversas partes de la gran máquina. Los Virreinos, las Capitanías Generales, en fin, las diversas provincias, no cruzaban sus intereses culturales, sociales y políticos en mutuos tratos sino en cuanto convergían al vértice común, situado en Europa.

Carlos III entumió los resortes espirituales con su política irreligiosa, inspirada en la filosofía francesa del siglo XVIII. La conducta débil de Carlos IV, ante las intrigas de

Napoleón, menoscabó el respeto a los reyes. Por último, Fernando VII, con sus vacilaciones y sus ingraticudes, acabó ese respeto que había sido el motor primero de la autoridad monárquica, centro de compactación del Imperio.

Después de la Independencia, la fuerza centrífuga no encontró ni la sombra de un dique moral, y destruyó la última consistencia de unidad. Cada Virreinato, cada Capitanía, cada Provincia tomó por camino separado, rumbo a un destino incierto, al sentirse desligado del gobierno central. Se formaron nuevas nacionalidades o, por mejor decir, nuevos Estados, separados por fronteras indecisas que se han ido demarcando en su carácter aislador. Estas fronteras están *ahora confirmadas en lo jurídico, por la doctrina llamada del UTI POSSIDETIS*, recuerdo de una fuerza centrípeta, cuando la posesión a que se refiere, expresaba el límite del ejercicio de una misma autoridad, que diferentes agentes aplicaban por diferentes jurisdicciones; y que se ha convertido en fuerza centrífuga separatista cuando demarca el ejercicio de varias autoridades independientes las unas de las otras.

La política de los Borbones hizo que el Imperio se convirtiera en una especie de convoy de naves, al remolque, cada una por cable separado, de una sola nave capitana. Al desatarse las cuerdas de la capitana, el convoy fué dispersado por las olas. Del lado indígena no venía herencia de aglutinante de nacionalidad. Por el contrario, la historia precolombina nos cuenta sólo de elementos dispersantes. América, antes de la conquista española, era una confusa dispersión de pueblos; de tribus de cacicazgos, sin ninguna fuerza atractiva. En cambio la acción repelente de sus guerras, fué un elemento efectivo y permanente, por cuanto el prisionero sabía que no hallaba compasión, y que se convertía en esclavo, cuando no en alimento, de sus vencedores. Entre los pueblos de América, entre las tribus, entre los cacicazgos,

cazgos, había mayor diferencia de intereses y causas de alejamiento, que actualmente obran entre los resentidos y belicosos países de Europa.

En virtud de ese proceso, Centroamérica se separó de México del cual se alejó en definitiva después del fracaso del efímero Imperio de Iturbide. La falta de comunicación impidió la eficacia de la autoridad de la antigua Capitanía General, convertida en presidencia de una novedosa república federal, por institución no comprendida de sus ciudadanos. Guatemala, sin el respaldo de la autoridad lejana e invisible del rey, convertida en fuente de obediencia, no infundió respeto a sus hermanas. Las cinco provincias se dispersaron en desorden. Cada una tomó por diferente camino, aunque la dirección de las cinco fuera la misma hacia la guerra civil y hacia la anarquía.

No paró allí la relajación de las antiguas ligas, pues siguió obrando aun dentro del círculo de cada provincia. Se alejaban las ciudades de las ciudades por rivalidades de predominio o por celos de capitalidad. Así chocaron León y Granada que perdieron el sentido recto que habían tenido durante la colonia. En la vorágine de esa dispersión, Granada y León abrieron la puerta por donde pudo penetrar el intruso trayendo como bandera, aunque pareciera una paradoja, un pensamiento de unificación: La esclavitud.

Pero al mismo tiempo que se verificaba en la América Española este movimiento de desintegración, un proceso parecido ocurría en la América Sajona. También allí pugaban con estrépito fuerzas centrípetas y centrífugas, pero la victoria final fué de las primeras. La unión americana, hoy tan poderosa, no tenía entonces la energía de compactación que le da en el presente tamaña potencia. No todos los Estados concurrían con igual voluntad a la federación. Intereses adversos, allá también, alimentaban el espíritu sepa-

ratista. Entre esos intereses que hacían chocar a los estados, culminaba el de la esclavitud. Estados del Norte discutían agriamente la cuestión, con Estados del Sur, en la misma época en que dominaba en Centroamérica la aflicta dispersión que he esbozado en párrafos anteriores. Rollins expresa así la coincidencia: "El problema de la esclavitud tomaba proporciones gigantescas en la política norteamericana. El sentimiento popular comenzaba a enardecerse. Los estados esclavistas miraban con alarma el desarrollo que tomaba la idea de la abolición en los estados del norte de los Estados Unidos, y, como medida preventiva, deseaban más representación en el Congreso. Walker no era más que un emisario, un instrumento. Su parte en el juego era hacerse dueño de la costa de cualquier estado mexicano o centroamericano, y luego hacer como lo que Houston había hecho con Texas veinte años atrás, comprenderlo en la Unión como estado independiente y esclavista.

La América Española y la América Sajona constituían en aquella época dos masas de nacionalidad en proceso de organización. La América del Norte gozó de mejores circunstancias de compactación al constituirse con una sola raza de trasplante. La América Española que al mismo tiempo que resolvía el arduo problema de su organización, afrontaba el de la formación de una nueva raza por el mestizaje siempre en activo, tuvo circunstancias adversas de dispersión. Puede ser que en el futuro lejano, eso mismo sea favorable a su destino. Una masa influenciaba permanentemente a la otra durante ese trabajo penoso. Las influencias del Norte, afectaron poderosamente la dirección de las cosas del Centro y del Sur del hemisferio. Un episodio de esa influencia fué la invasión de William Walker.

Rollins aclara esta tesis, al relatar los apoyos de que gozó la expedición de "El Vesta". Las discordias de León y Granada le despejaron el puerto a la nave pirata. Walker

llegó a nuestras costas disfrazado de auxiliar de uno de los bandos de la sangrienta guerra civil. Cuando asentó firme los pies en la tierra, se ofreció como portador de cultura, y de las maletas en que traía esa cultura, un día de tantos, ante el estupor de los centroamericanos, desarrolló el proyecto de la esclavitud. En Nicaragua hacía años que había sido abolida la esclavitud. Aquí se trató seriamente de organizarnos sobre una base de igualdad de razas que libremente se cruzaban y mezclaban para formar la raza definitiva de la nación.

La esclavitud de Walker fué una chispa que trajo el viento del norte, arrancada del fuego de la lucha separatista en los Estados Unidos. Pero aquí está lo extraño en las obras de la Providencia. Lo que allá era acción separatista, aquí iba a obrar como reacción compactadora. En tierra centroamericana Walker a pesar suyo, se convirtió, por obra de su cultura esclavista, en verdadera fuerza centrípeta.

Cuando el invasor llegó, León creyó que era un peligro para Granada; pero apenas principia a desarrollarse la invasión, León comprende que está amenazada tanto como su rival. Cuando Walker pasea sus banderas triunfadoras por Nicaragua, en los otros países de Centroamérica, se le cree sólo una complicación de las locuras nicaragüenses. La porfiada resistencia de los legitimistas se atribuía a la intransigencia de ese bando político; pero los planes de Walker se aclaraban a medida que su dominio se afirmaba. Rollins dice, refiriéndose a los propósitos de su jefe: "La mira era contra los cinco estados ricos y hermosos. Serán cinco estados esclavistas". El ejército filibustero aumenta. Obraba en campo muy propicio para la recluta de aventureros. Estaba situado en el terreno de tránsito, por donde pasaba la corriente humana que iba y venía de los estados del Atlántico a los estados del Pacífico. El peligro se hacía cada vez más serio, pero aun los gobiernos de las otras repúblicas del

Istmo se decían que aquellas eran sólo cosas de la vida y de la muerte de los nicaragüenses. Costa Rica despertó la primera cuando llegó hasta sus campos el eco de los clarines de "La Falanje". El impulso inicial de Costa Rica para concurrir a la lucha no fué centroamericanista; pero la acción la convirtió en un proceder ampliamente centroamericano. Sin pensarlo ni sentirlo, obró por una energía centrípeta.

Esta energía obraba al rojo en Nicaragua. Al mismo patíbulo de Mateo Mayorga y Ponciano Corral, prohombres legitimistas, subió Salazar, general democrático. Los tres en la altura del sacrificio se convirtieron en símbolo de compactación. Nicaragua sangrante acabó por unirse en una sola fe de nacionalidad para luchar hasta vencer o morir.

Los otros gobiernos de Centroamérica por fin despertaron, porque el fuego les quemaba los pies. Como un recuerdo de la colonia, los toques de clarín de la vieja ordenanza, eran los mismos en todos los ejércitos centroamericanos. Y al fin sonaron en el desfile de tropas que concurrían a los campos nicaragüenses para la común defensa. Sangre de Guatemala, sangre de El Salvador, sangre de Honduras, sangre de Costa Rica, al mezclarse con la vertida a torrentes por Nicaragua, producían la unificación centroamericana por la circulación de una sola arteria de nacionalidad efectiva que se defiende. Es éste la única vez que ha sonado la clara señal de que Centroamérica es un solo cuerpo. Medítese sobre los anales de la historia centroamericana y se verá, que ni antes ni después de la sangrienta epopeya, se ha realizado nada eficaz para unir a las cinco secciones que han perdido el rumbo de su destino.

Las acciones unionistas del partidarismo, que varias veces se han derramado de uno de los estados sobre los otros, no han sido movimientos de una energía centrípeta, sino actos provocadores de discordia. El arrogante unionismo

de cualquier dictador, que por sí y ante sí ha proclamado la unión, más bien ha sido brote dispersante; por cuanto no es propuesta aceptable para un estado centroamericano, que goce de regulares garantías, el concurrir a soportar el yugo de una tiranía. Sin embargo, al rededor de esa clase de intentos unionistas, es en donde historias parciales entonan sus cantos, y olvidan la guerra nacional, cuando con cinco cifras de sangre, se escribió la única cantidad apreciable de centroamericanismo que puede figurar en la Historia Universal.

Insistamos en la reflexión sobre el paralelismo que se estableció entre los dos grandes trabajos de integración y de dispersión, de organización y de desorganización que al mismo tiempo se realizaban en la América Sajona y en la América Española. En la América Sajona se pronunciaba el movimiento cada vez más en un sentido de orden y autoridad, en la América Española en una dirección de desorden y anarquía. En momento culminante de ese trabajo, vino Walker tras el **ignis fatum** de la esclavitud, como dice Rollins. La esclavitud, causa de dispersión en el norte. La esclavitud, motivo de compactación en Centro América. Walker rompe ese paralelismo y junta pasajeraamente las dos líneas. Rollins hace bastante luz sobre este aspecto de la Guerra Nacional. Sostiene Rollins que Walker era un agente del partido esclavista de los Estados Unidos, para expandir el ideal por las costas de Centro América. De esta manera la campaña de Walker, al mismo tiempo que es un acontecimiento trascendental de la Historia de Nicaragua, es un episodio de la Historia de los Estados Unidos. Las acciones de William Walker forman parte del engranaje de la política activa de los Estados Unidos. Cinco estados ricos y hermosos que Walker estaba encargado de convertir en cinco estados esclavistas, para arrastrarlos de contrapeso a la balanza en donde se estaba decidiendo el problema de la esclavitud. La idea de llevar a Centroamérica a esa combi-

nación, fué el pensamiento mayor de la aventura de "La Falanje".

Pero aquí salta una faz de estos sucesos muy digna de ser examinada y meditada, y que emana con gracia y frescura de las líneas de la obra de Rollins. Es ello el fenómeno de cómo aquella Falanje de aventureros de otra raza, que vino hacia acá en son de conquista, para sujetar a una raza que juzga inferior, apenas medio victoriosa, principia a desvincularse de su centro, para sumergirse en el nuevo medio, que juzgaba también inferior en cultura; cómo aquellas almas invasoras y violentas fueron atraídas por la tradición y el alma nicaragüense.

Estos capítulos o esos párrafos de Rollins son de un vivo interés para los nicaragüenses. En ellos la filosofía de la Historia Patria recoge confianza en la fuerza de su destino. **Tierra del Mañana** llama Rollins a Nicaragua cuando divisa sus costas desde El Vesta. Principia la atracción, por el paisaje. Rollins, lo mismo que William Walker, cuenta la admiración con que divisaron desde las alturas del Departamento de Rivas, el panorama del Gran Lago. Ante sus ojos tenían los falanjistas el mismo paisaje que contemplaron los conquistadores españoles. Avanza "La Falanje" hacia el interior. Relata Rollins la llegada a León: "Los soldados de Pizarro no miraron a Cuzco con más curiosidad que nosotros esta ciudad".

Principiaba a quebrantarles el alma el contraste de ambiente, entre la tierra propia que habían dejado en el norte y la tierra ajena que pisaban con codicia.

Pero saltó el conflicto inevitable. A medida que los filibusteros se impregnaban de Nicaragua, más los repudiaba Nicaragua. Rollins lo observa con melancolía: "El pueblo de León no nos veía con buenos ojos . . .". Cuenta que las

mujeres de la clase principal se les mostraban inaccesibles, lo que atribuye a que vivían muy encerradas y vigiladas. La mujer comprende antes que el hombre, y por instinto, los peligros sociales. Las de León manifestaban el desvío que crecía en el corazón del pueblo.

Al hablar de Granada, Rollins suelta su entusiasmo. Nuestro Castillo Blanco la llamaban los de La Falanje. Refiere las ilusiones que se hacían en sus conversaciones amistosas, de la buena vida en aquel Castillo Blanco, que les resultó Castillo en el Aire. Erase la Granada colonial con sus calles de arena, sus zaguanes anchos y blasonados, sus ventanas panzonas de hierro retorcido a martillo, tras de las rejas las muchachas graciosas de grandes ojos negros, mestizas; que se llamaban, ellas mismas, con orgullo **castellanas**.

Poco a poco los falanjistas se entregaban a la influencia del ambiente espiritual que les rodeaba, y así llegaron hasta detestar a su jefe por amor de la tierra. Se cumplía el lema del conquistador conquistado. Criticaban los falanjistas románticos los actos bárbaros de Walker, y los sentían como si fueran nicaragüenses. La página consagrada a la muerte de Corral, cuando Walker negó misericordia a la esposa y a las hijas doloridas, está empapada en la amargura de estos sentimientos.

Entre más impermeable es la esencia de un pueblo, es más atractiva. Cuando Rollins relata los ataques del pueblo en las calles de Granada y de Masaya, derrama sobre esas líneas sus simpatías por el valor y el patriotismo de los nicaragüenses. Así habla de los hombres de Nicaragua: "Después de todo, quiénes formaron aquel pueblo que temía lo esclavizaran? Con todas sus faltas y negligencias es el pueblo de mejor corazón en el mundo, y tratándolos bien sus hombres son amigos pródigos, su hospitalidad no cono-

ce límites; lo que tienen, está a la disposición del amigo; es grande en su bondad y caridad; el dar es en ellos segunda naturaleza. Pero tratados mal, son demonios: no olvidan ni perdonan, disfrazando muchas veces el odio con el manto de la amistad".

El conquistador ha sido conquistado por el alma del pueblo que no soporta la esclavitud. Que se mostró manso cuando creyó que "La Falanje" era un grupo de colaboradores en su política desordenada; pero cuando vió que levantaba el yugo para uncirlo, la desafió a muerte con armas inferiores, pero con odio implacable.

El conquistador se había enamorado de la sociedad del Castillo Blanco. Repite en sus líneas el dolor que les produjo la destrucción de Granada aun en medio de la lucha feroz. Cuando Walker ordenó incendiarla, Rollins exclama: "Había procedido a destruir una ciudad cuya hermosura había sido el recreo de nuestros ojos".

Erase la Granada colonial con todos sus encantos, la que había nacido al beso del mestizaje, la que había sentido muchas veces la garra de los piratas, y que entonces fué quemada y demolida hasta sus cimientos en holocausto de la Patria, para no resurgir nunca más en la integridad de sus valores tradicionales. Vino La Falanje para formar con tierra y con carne nicaragüense un estado esclavista. El encanto del paisaje, la urbanidad colonial, la seducción de las mujeres, el trato abierto de los hombres impresionaron a aquellos muchachos, **flor de la juventud yankee**, poetas algunos, románticos otros, hasta invertir los términos y concluir si no conquistados, seducidos.

William Walker se mostró inferior a esos sentimientos o no comprendió bien el fenómeno producido a su alrededor. Tal vez los móviles que lo impulsaron al principio lo cegaron.

Nicaragua se alzó contra la servidumbre unida como un solo hombre. Revela muy poca genialidad por parte de Walker el haber pretendido implantar la esclavitud en esta tierra. Ninguna entidad humana es más celosa contra la esclavitud que la formada por razas mestizas. Forjada esa raza por la combinación de dos, una conquistadora y otra conquistada, lleva en sus venas, con la sangre de la raza dominada, el terror por la servidumbre y con la sangre de la raza dominadora, el coraje para rechazarla. El malhadado decreto de la esclavitud fué el toque de reunión al centro para los mestizos de Centroamérica. Así vino a convertirse en fuerza centrípeta, la idea que en los Estados Unidos fué chispa de desolación, y prueba peligrosa de la federación.

Los compañeros de Walker concluyeron mirando su viaje a Nicaragua como una usurpación de patria, por la intención de permanecer, de enraizar y de cruzar su sangre con la de la gente criolla. Por este motivo la escritura de Rollins resume el encono que sintieron en contra del jefe, al ver frustradas sus aspiraciones, por el descabellado intento de establecer la esclavitud. Se olvidaba de que ellos mismos habían embarcado en El Vesta para la empresa tras esa bandera que permanecía enarbolada en los Estados del Sur de Norte América, de donde ellos procedían.

Por este encono Rollins juzga a su jefe con prevención nicaragüense. Su William Walker es un sujeto repugnante. La muerte de William Walker demuestra sin embargo que también su alma fué cautivada por esa cualidad indefinible y seductora, que es una de las fuerzas más poderosas de que es dado disponer a un pueblo, por concepto de la Providencia, para la cimentación y el desarrollo de la nacionalidad sobre los riesgos de una tierra abierta a dos grandes mares.

Cuando le soplaban el viento de la buena suerte, burla burlando, Walker optó la ciudadanía nicaragüense y recibió las aguas del bautismo, para cumplir, mera fórmula, el precepto constitucional que exigía ser ciudadano y católico, para poder ser presidente de la República. La fortuna le había vuelto la espalda, y entonces vencido y anonadado subió las gradas del patíbulo a que subieron Mayorga, Corral y Salazar. En esa ocasión sintió Walker que le envolvía el alma, el aliento de la tierra de sus sueños. No negó a Nicaragua frente a la muerte. Relata un testigo presencial del fusilamiento: "Acompañado de dos clérigos marchó erguido y resuelto, absorto al parecer, en profunda devoción religiosa. Parecía estar enteramente entregado a los consuelos que le daban los dos sacerdotes".

De esa manera marcharon hacia la eternidad Mayorga y Corral. Todos tres murieron como valientes y como católicos. Por muchas que sean las injurias que el audaz y pertinaz aventurero hizo a Nicaragua, desde ese momento se convirtió en un personaje de su historia: enemigo durante su vida y nicaragüense en su muerte.

1945.

I, j. DON ANSELMO H. RIVAS
EL PRIMER PERIODISTA DE NICARAGUA

—Apuntes biográficos—

Todavía en tiempo de la colonia, en las primeras décadas del tormentoso y atormentado siglo XIX, vivía en la ciudad y puerto de Granada Anselmo Inés Rivas, un mulato inteligente, honorable, trabajador y sagaz, que había logrado adquirir la profesión de Procurador Judicial, y una posición en el patriciado criollo y entre la burocracia peninsular, que tuvo la cualidad colonizadora de no cerrarse por necias preocupaciones de raza. Se casó con Doña María Asunción Morales, señorita bien, perteneciente a una de las viejas familias de la ciudad, consolidando así su condición social. Después de la Independencia, se trasladó el matrimonio a Masaya buscando auge a la profesión del Procurador; y en esa ciudad, entonces villa, en la calle Diriega, el 3 de noviembre de 1826, nació Anselmo Hilario Rivas, cuando se reunía, entre anárquicos vaivenes, la primera Asamblea para organizar en forma constitucional a Nicaragua, como un Estado de la República de Centro América, ayer Capitanía General de Guatemala.

El Procurador, que había conquistado su propia posición con el cultivo de la inteligencia, comprende que el porvenir de la sociedad, su progreso moral, se atiende mejor procurando educar, elevar y pulir, cada uno su propia prole. Se preocupa de la educación de sus hijos. Mal anda la instrucción pública. Nuestros abuelos han destruído las órdenes religiosas por amor al progreso, y han dejado a sus hijos huérfanos de maestros. El Procurador desea suplir las deficiencias, hasta donde sea posible, con profesores a domicilio que enseñen las primeras letras al niño Anselmo. La madre le infunde en el corazón y en la mente las máximas

de la doctrina cristiana. Ella percibe sus disposiciones para la música y le provee de un profesor que le adiestra en el manejo del violín y de la guitarra, instrumentos que le servirán de sedante tras las horas agitadas y le ayudarán al cultivo de la armonía de su estilo.

Trascurrida en Masaya la infancia, y concluída la primera educación, el mozo Anselmo, junto con su hermano Pedro, ya huérfanos de padre, se traslada a Granada para continuar sus estudios. La Asamblea Legislativa, que cree que todo se remedia con leyes, ha creado por decreto una especie de enseñanza libre, abriendo cátedras de filosofía y de latín en los **lugares donde se puedan encontrar maestros idóneos**. El gasto corre por cuenta de las municipalidades. En las aulas abiertas de Granada se enseña filosofía, pero la base de la instrucción es el latín, en cuya enseñanza se pone el esmero legado por las ausentes órdenes religiosas. Don Anselmo forma su inteligencia con ese método clásico que la fortalece y la ennoblece. Terminados sus cursos con la adquisición del latín, continúa su desenvolvimiento intelectual como autodidacto. Prefiere el estudio de las lenguas muertas y vivas. Logra aprender algo de griego y llega a dominar de manera admirable el inglés y el francés sin haber salido del país; y se entregó con entusiasmo a la lectura de los grandes autores de esas lenguas extranjeras, que fueron factores en la orientación de su cultura.

¿Cuál era el ambiente en que se desarrollaba la mente de un joven intelectual nicaragüense del año 1845? La nación había caído desde la Independencia en la anarquía. Acostumbrado el pueblo al respeto de una autoridad lejana, que reverenciaba en la persona de un rey invisible, al sentirse desvinculado de ella, no admitía la respetabilidad de poderes fabricados ante sus ojos. Toda autoridad resultaba débil y efímera. En lo social dominaba la preocupación igualitaria, que las muchedumbres expresaban en algara-

das callejeras, gritando: **se acabaron los dones**. La gente bien, atemorizada, deseaba hacer olvidar su tradición colonial, ocultar todo signo de hidalguía y de ascendencia española. Se modificaba el uso de los apellidos para democratizarlos, y los más tímidos, para adular a la plebe, blasonaban de falsa humildad de origen. Era el fermento de la demagogia que puso en peligro de ruina a la América Española. Algunos varones valerosos, sin embargo, comprenden ese peligro, y principian a reaccionar por la aspiración a una autoridad robusta, a un ideal de jerarquía. Se deciden a participar de manera directa en la política, asociándose y compactándose en una especie de patriciado republicano para la defensa del orden social.

Las inteligencias estaban bajo el dominio del romanticismo, que se manifiesta en una ansia de superación individual sobre el medio, de ruptura de toda disciplina colectiva, de pasiones desorbitadas, de amores violentos, y de fluctuaciones de ánimo entre un negro pesimismo y un loco optimismo.

La colonia se había distinguido por el tranquilo desenvolvimiento de los factores raciales, culturales y económicos. Prevalció en ella el colectivismo de clases y de gremios ordenados y jerarquizados para la mayor eficacia social. Fue el remanso que siguió a la brava corriente de la conquista, tiempo de recio individualismo, de acciones dispersas recayendo sobre una sola enorme empresa imperial. La colonia fue la época clásica de trabajo metódico y pacífico que logró el milagro de formar, con una raza todavía en proceso de mezcla, una sociedad estable y bastante feliz. Con la Independencia renace el romanticismo individualista de los conquistadores, pero obra desordenadamente, sin grandes propósitos constructivos.

Ese romanticismo social es reforzado por la literatura romántica a cuya lectura se entregan los jóvenes. Las relaciones intelectuales más activas con el exterior, consisten en la importación de libros románticos de autores españoles o traducidos del francés. Se reciben periódicos, con especialidad el "Noticioso de Ambos Mundos" que se edita mensualmente en Nueva York. Las inteligencias se empapan en la lectura de Mariano José de Larra, de El Solitario, de Mesonero Romanos, de las traducciones de Chateaubriand y de Víctor Hugo, que animan las columnas de esa revista.

Don Anselmo, que ha devorado los clásicos latinos y españoles en la vieja y apolillada librería de don Pedro Chamorro, se embriaga ahora en la literatura romántica, en las librerías de jóvenes pudientes amantes de la lectura. Lee a los enciclopedistas y a Rousseau en la casa de Monsieur Pedro Rouhaud, un francés bonapartista, gentil y caballeroso, que el **terror blanco** arrojó a nuestras playas. Frecuenta las tertulias que se forman en las casas ricas para leer y comentar revistas y libros recién llegados. Su alma se exalta con deseos imprecisos de figurar y dominar en el plano del pensamiento y en el campo de la acción política.

Pero es pobre, y las necesidades de su misma buena posición le acucian y le piden actividades mejor remuneradas. Vuelve los ojos de la codicia, como todos los jóvenes de su tiempo, hacia el Atlántico, por la vía del Desaguadero, en donde está la fuente y el curso del comercio próspero de la ciudad. El año de 1846 marchó a San Juan del Norte, que entonces era puerto libre, muy surtido de cosas importadas. Cayó en la tentación del contrabando, que era el episodio comercial de la vida romántica; porque significaba sublevación contra la impertinente autoridad del Fisco, aligeramiento subversivo del ritmo del viaje hacia la riqueza. Oí contar a don Anselmo una jornada arriesgada y risueña de sus trabajos de contrabandista. En aquellos años el ne-

gocio clandestino de la pólvora era pingüe, porque su introducción estaba restringida por recargos del Fisco. En San Juan del Norte se hizo preparar unos toneles que en los extremos contenían blanca harina, y en el medio llevaban la panza repleta de pólvora negra. En El Castillo pasó el cargamento perfectamente como harina a pesar de los rigores de la Aduana; pero don Anselmo me contaba el rato de congoja que le hizo pasar el guarda, muy su amigo, cuando sentados los dos fumando, quitaba a cada rato la ceniza de su cigarro sobre la barriga del barril llenita del peligroso explosivo.

Como resulta de todos esos elementos formativos de la individualidad y del carácter, salió don Anselmo con una psicología compleja y móvil. Su inteligencia es clasicista, razonadora, busca la lógica y el buen sentido; pero su temperamento es inquieto, vehemente, desordenado, imprevisor por razones étnicas y por las influencias románticas. Es alegre, practica la música, le gusta el canto y se enamora con gran facilidad. Sumamente sociable, anima las tertulias y los paseos a las costas del Lago las noches de luna, con su guitarra y con su charla inagotable. Pero todas esas distracciones no le hacen abandonar el estudio, de que su juventud vive sedienta.

Su lectura no fue dirigida por maestro. Recoge las ideas dispersas, pero las ordena en su mente con la regla clásica que le dejaron trazada sus primeros estudios. Principia a escribir en los periodiquitos volanderos de la época; hace crónicas de las fiestas de sociedad, escribe versos, y de vez en cuando se atreve con los temas serios. Por esas condiciones suyas de multiplicidad, goza del aprecio de los hombres y arrastra la simpatía de las mujeres, y los directores de la política se fijan en él, como en un elemento aprovechable para la organización del incipiente Estado.

El árbol de su existencia está listo para dar frutos. Hasta la fecha sólo ha producido flores, de poesía, de amehidades, de tertulias y salones. Es hora de tornar seria la vida, de dirigirla a la conquista de fama y bienestar en el servicio de una buena causa. Como pasa a los jóvenes nicaragüenses de todos los tiempos, para hacer carrera intelectual, no le quedan más que dos caminos: la política y el periodismo. Mejor dicho, no le queda más que un solo camino: el de la política, bifurcado en la acción y en las letras. El partido a que estaba adscrito llegó al poder con la elección para Director Supremo del Estado del Licenciado don José Laureano Pineda, con quien ha cultivado una buena amistad entre mayor y menor. Fue nombrado Jefe de Sección de un Ministerio con treinta duros de sueldo al mes. Trabaja bajo la férula de don Fruto Chamorro, que fue no sólo su primer jefe de oficina, sino el rector de su conducta política. Lo impresiona hondamente la robusta personalidad del caudillo del patriciado granadino, la recititud de su carácter, la gravedad de su pensamiento. Don Fruto, aleccionado por las desgracias, en medio del desorden caótico, divisa el rumbo para regresar a una autoridad respetable. A su servicio don Anselmo disciplina la voluntad en un trabajo dirigido hacia un fin que satisface a su inteligencia. Pero lo móvil de su espíritu romántico se inquieta en la monotonía de la oficina, y se escapa hacia un periodismo juguetón ejercido detrás del seudónimo, muy en boga entonces, y hacia los pecados de la carne, que fueron el resbaladero de su ardiente temperamento de mestizo.

Si hubiera nacido en un medio de mayor cultura, seguro se entregaría a actividades meramente intelectuales. La literatura le seduce y tiene grandes disposiciones para ensayista. En España, por ejemplo, llegaría a ser un historiador de nota y un artista de la palabra escrita. Pero la política lo tiene cogido y no le soltará. Pineda había despertado esperanzas de orden en el país. Desarrolló una

política conciliadora en la que colaboraban los extremos, representados por don Fruto y por el Licenciado Castellón. Su gobierno era de selección, pero por desgracia la clase selecta e ilustrada no estaba compacta en el país para poder formar con ella un verdadero partido conservador. Las dos ciudades guiones, Granada y León, discrepaban en aspiraciones por intereses localistas, agriados cada vez más desde el año de 1844, por fútiles resentimientos; y desacreditaban sus **élites** empeñándolas en miserables peleas. Además, la autoridad es débil, porque los poderes civil y militar no convergen a un solo mando. La malhadada creación de la Comandancia General ha hecho un peligro del ejército, que debía ser sólo denominador común de los otros poderes. En el choque de esas fuerzas, el Director Supremo Pineda fue desposeído de la gobernación, y arrojado del país por el Comandante General Muñoz. Pero esa crisis dio lugar a que el país conociera a un jefe verdadero, don Fruto, que en Granada improvisa milicias con una oficialidad formada por jóvenes de las buenas familias a quienes obliga al servicio militar. Obra con energía, con rectitud; y con una lealtad ya olvidada en la inmoralidad de nuestras luchas civiles, restituye en su puesto a Pineda, y rinde, como tributo patriótico, a la autoridad civil los respetos de la fuerza militar. Con esos procedimientos el caudillo vigoroso gana la adhesión de aristocracia y pueblo, y logra formar una agrupación a la que imprime movimiento concertado para realizar un programa. Terminado el período de Pineda, don Fruto sale a la palestra como candidato a quien se confía la misión de unificar los mandos civil y militar. Don Anselmo es un fervoroso partidario de esa candidatura. Aunque su alma no se compenetra con el alma rectilínea de don Fruto, se prenda del caudillo a quien quiere seguir en la grande aventura que va a correr como restaurador del orden. Don Anselmo funda grandes esperanzas de prosperidad nacional y de prosperidad personal, que bien se pueden sumar esas aspiraciones en el triunfo de su General Chamorro.

Llega al poder don Fruto, y don Anselmo es confirmado en su puesto de Jefe de Sección y para mayor honra se le agregan las atribuciones y labores de redactor de **La Gaceta** y Traductor Oficial; pero los treinta duros de sueldo al mes no varían. El empleado sufre estrecheces, pero no hay tiempo para las quejas porque todos trabajan en la obra de reforma que se va a emprender. Nicaragua tiene una indefinida posición internacional. No forma parte de la Federación de Centro América, dispersada por la fatalidad, pero no ha adquirido tampoco personalidad nacional para entrar en el concierto de las naciones civilizadas, y gozar de crédito en lo económico y de buenas y directas relaciones en lo político, porque su soberanía está imprecisa en el concepto jurídico que nace de la Constitución vigente que la declara perteneciente a la Federación, en contradicción de la realidad política en la que figura como Estado independiente. Además, los períodos sumamente breves para el Supremo Mandatario hacen inestable al gobierno, que no despierta confianza en el exterior ni respeto en el interior. Don Fruto convoca una constituyente que cambia la Dirección Suprema en Presidencia, alarga de dos a cuatro años el período, y delinea a Nicaragua como una República soberana e independiente. Se expresa con franqueza y procede con energía a ordenarlo todo. El país no está acostumbrado a esos trazados precisos de la autoridad, y el fermento de los antiguos vicios demagógicos prepara la revolución. Vuelve la guerra civil. Don Anselmo va a la campaña tras el Jefe y lo arrastra la vorágine. Después de la derrota de El Pozo cae prisionero. Espera consideraciones del General Máximo Jeréz con quien ha cultivado una buena amistad. Pero Jeréz es el revoltoso típico que no domina sus huestes, y lo abandona a la furia revolucionaria. Lo arrojan en un calabozo con una barra de grillos en los pies y le notifican pena de muerte. Un italiano rico y generoso, don Santiago Peccorini, prendado de su talento y de sus buenos modales, lo compra, así como suena, lo compra por fuerte suma de

dinero a sus guardianes y se lo lleva a El Salvador, en donde lo protege con esplendidez y lo estimula a volver al estudio, en la preparación de una carrera profesional. Pero su alma ha recibido el filtro del proselitismo que ha envenenado a las generaciones de jóvenes nicaraguenses, y abandona el buen acomodo para volver a las luchas políticas. La guerra destruye a Nicaragua. Su hermano Pedro ha sido fusilado por el ejército democrático. Esto significa que su familia ha dado ya la contribución de sangre con que se inscriben en los partidos los grandes apellidos de Nicaragua, para una contienda inacabable que ha devorado las mejores energías de cuatro generaciones.

Cuántas cosas han sucedido durante la ausencia de don Anselmo. Ha variado mucho el escenario de sus figuraciones de mozo. Es el período más intenso y vertiginoso de la historia patria. La guerra ha sido de exterminio. Ha muerto don Fruto y con él se ha apagado la última vislumbre de la autoridad. A la energía de la acción en la defensa y en el ataque, ha sucedido la intransigencia inactiva de los sucesores de Chamorro. Jeréz, que carece de la resignación patriótica de la derrota, por despecho o por temor ha llamado a los filibusteros. Las esencias de la nacionalidad y de la raza están a punto de perecer. Centro América se ha conmovido. Como un claro de luz en tanta negrura, alumbró el sol del 12 de septiembre de 1856. Los partidos han hecho a un lado sus intereses y las ambiciones de sus hombres, por la reacción del concepto patriótico y heroico, y han unificado sus filas para la defensa de la independencia. Don Anselmo embebió su cerebro en ese patriotismo que se manifiesta en trabajos y dolores, lo acoge en su corazón como la virtud predilecta, y lo guarda para lema de sus empresas de publicista.

Después de la guerra nacional viene la reorganización de la República. Cooperan en ella los elementos discordes

de ayer. Don Anselmo tiene ya una sólida posición. Es un patricio prestigiado. Los directores de la cosa pública lo estiman altamente. Recorre todas las oficinas, requerido por los jefes; sus ocupaciones son múltiples: hace **La Gaceta**, dicta notas, escribe manifiestos, redacta periódicos, estudia expedientes y pronuncia discursos.

Cuando vuelven los partidos a trazar la paralela, marcha decidido sobre la línea conservadora. Es Presidente el General Tomás Martínez que le quiere bien y le proporciona los puestos más lucrativos. El régimen de Martínez procura el bien común y respeta las garantías. Los patricios que dirigen la política conservadora tienen un sano concepto de la responsabilidad, pero en el trato con los democráticos, perdieron el recto sentido de autoridad que les trazara don Fruto, quien supo cultivarla desde arriba y desde abajo, ordenando y obedeciendo. Sus herederos sólo la cultivan desde el mando y caídos se muestran inconformes y fácilmente subversivos. Rinden culto a la alternabilidad en el poder que evita el personalismo, y cuando Martínez la quebranta, excesivamente celoso el partido conservador le retira su apoyo, y sus hombres principales van contra el correligionario, camarada de tantas jornadas, y se lanzan al campo de la guerra, en estrecha compañía con Jeréz. Don Anselmo goza del cariño de Martínez, al extremo que él mismo dice de su posición: "Se me halagaba de mil maneras, como a un hombre de gran valía: todo el que deseaba estar bien con el Mandatario, asegurarse en su puesto u obtener alguna colocación, solicitaba con empeño mi amistad, creyendo por este medio realizar su aspiración". Sin embargo, rompe lanzas contra la reelección, da la espalda a Martínez, y desde el palacio va al destierro, refugiándose en Costa Rica.

Por mi relato pareciera que se ha suspendido el curso de la existencia particular de don Anselmo, absorbida por su condición de hombre público. Pero ha vivido como todos

los mortales, con su caudal de sentimientos, ilusiones, desencantos, alegrías y pesares. Su vida es pintoresca y despierta la tentación de novelar. Corre su edad en la década entre los treinta y los cuarenta años, que es cuando se alcanza el equilibrio viril entre el alma y el cuerpo. Es alto de estatura, espigado en el porte, muy moreno de color, de facciones correctas, con una frente muy amplia y una cabeza muy bien formada. Los amores con su primera esposa son un romance. En uno de sus viajes a San Juan del Norte, de que hablé anteriormente, trabó conocimiento con un matrimonio alemán que acababa de desembarcar, procedente de Koenigsberg. El matrimonio traía una hija de pocos años, delicada y muy bella. Los inmigrantes hablaban inglés, y don Anselmo pudo servirles de guía e intérprete durante la navegación hacia Granada, en donde permanecieron poco tiempo para seguir hasta Costa Rica. La niña se impresionó por la figura y trato del nicaragüense. Años después, cuando don Anselmo, disgustado con Martínez, caído y desterrado, llega a Costa Rica, fue a Cartago para ocuparse de director de un colegio. Caminaba sobre una de las calles de la vieja ciudad costarricense, cuando una hermosa señorita le quedó viendo con insistente curiosidad y notoria simpatía. Se reconocieron. Era la alemancita del Río San Juan. Ella le pidió que continuara enseñándole el español, cuyas primeras lecciones le diera sobre las ondas de nuestro lago, en las poéticas veladas de la navegación. Grande empeño debió poner en aquellas lecciones, porque concluyeron en noviazgo y casamiento. Ella era una delicada y alba flor de trasplante. El idilio duró, a pesar de la disparidad de razas, hasta que le puso fin la muerte de la esposa. Al sostenimiento de ese idilio, nuestro moro contribuyó con la imponente seducción de su viril inteligencia, y la rubia con la tierna constancia de su rendido corazón.

Don Fernando Guzmán ha vuelto a reunir alrededor de la Presidencia al patriciado conservador, y en 1869 llama de

Cartago a don Anselmo para confiarle un ministerio. Nuestro hombre adquiere ante el público la categoría del ministro por antonomasia de los tres gobiernos de Guzmán, de Cuadra y de Chamorro, que son los típicos del régimen conservador. Los Presidentes están acostumbrados a que don Anselmo dé expresión literaria a sus pensamientos y resoluciones de Mandatarios.

Gobierna don Vicente Quadra y ha quedado vacante el Ministerio de Relaciones Exteriores por la renuncia del doctor don Tomás Ayón. Principian a desenvolverse las relaciones de Nicaragua con las naciones de Europa y América. Don Vicente necesita llenar esa vacante con un hombre de talento y versación, porque como dice en carta privada: "Existen muchas dificultades en esa Cartera, hay pendientes reclamos de gravedad y trascendencia por parte de varios gobiernos europeos, tenemos que hacer los primeros tratados de comercio y extradición; y hay además convenciones postales que sería útil y conveniente celebrar". No están bien las relaciones con El Salvador y Costa Rica. Ha surgido en el primero de esos países el partido del sacrificado General Gerardo Barrios, y guarda resentimientos a los nicaragüenses. Desde Costa Rica nos inquieta el General Guardia con sus gestos de dictador. El nuevo Ministro de Relaciones Exteriores deberá solucionar todos estos problemas. Don Vicente piensa en llamar a don Buenaventura Selva, el candidato liberal que se le opuso en las elecciones. Lo objetan los políticos de Granada porque no lo vería con buenos ojos el Gobierno de Guatemala, "en donde se tiene a Selva por hombre contrario a las ideas liberales". Algunos aconsejan que se nombre al General Máximo Jeréz, pero por las mismas dificultades centroamericanas no inspira confianza el inquieto revolucionario. Consultado don José Joaquín Quadra, hermano del Presidente, aconseja el nombramiento de don Anselmo. Don Vicente dice que a don Anselmo lo tiene ya con él, y que desea va-

lirse de esa Cartera para llevar a su lado un nuevo colaborador, porque en Managua se siente solo, y "como gobernando desde un campamento". Además, escribe don Vicente en la mayor intimidad: "No es occidental, se halla muy enfermo, y con su natural **inactividad**, temo que deje en pie las dificultades que ha venido sufriendo ese Ministerio". En el original la palabra **inactividad** está escrita sobre otra que fue borrada cuidadosamente. Por las apariencias, la primera palabra usada por don Vicente fue **pereza**. No es la primera vez que es motejado don Anselmo de perezoso. ¿Será verdad? Don José Joaquín, que le conoce mejor, porque es compañero en edad e inclinaciones, insiste en sus buenas aptitudes para el Ministerio, y triunfa. Tengo a la vista la correspondencia de los dos hermanos Cuadra sobre este incidente de la vida de don Anselmo. Su lectura interesa, y da la impresión de seriedad en el procedimiento que se seguía para elegir los funcionarios. Fácilmente yerra un hombre de acción cuando cree perezoso a un intelectual. El cuerpo permanece en aparente inactividad, pero la inteligencia se agita en la concepción de un pensamiento, y lucha, recogida y silenciosa, con el idioma para dar forma precisa a la idea; y cuando el observador cree que se retarda el discurso por abandono, tal vez es cuando se está en laboriosa gestación, o se batalla para perfeccionar y embellecer la obra.

Don Anselmo llega a la cúspide de su vida pública. Es el Canciller de los gobiernos de Cuadra y de Chamorro. Domina el Gabinete, obtiene triunfos y es aplaudido. En la administración de Cuadra, logra que Guardia venga a Nicaragua a la entrevista de Belén, en donde se soluciona pacíficamente el conflicto. Va a El Salvador con el objeto de salvar al General Tomás Martínez, que está prisionero de los barristas y en peligro de muerte. Procede con valentía y habilidad. Borra los prejuicios contra el Gobierno de Nicaragua. Consigue que la viuda del General Barrios, con

una nobleza que admira, coopere en la salvación de Martínez. El General Máximo Jeréz le escribe en esa ocasión: "Siempre lo encuentro a usted del lado de la generosidad".

Un incidente de poca importancia ocurrido con el Gobierno de Napoleón III, de Francia, le proporciona un triunfo literario y diplomático al Canciller. El viejo Menier, fabricante de chocolates en Francia, desea ser Ministro de Nicaragua ante su propio Emperador, Napoleón III, para gozar de las prerrogativas sociales del cargo. El industrial francés posee una finca de cacao, colindante con "San Antonio" y "Las Mercedes", predios patrimoniales y solariegos de don Vicente Quadra y don Pedro Joaquín Chamorro. Además, es riquísimo y ama a nuestra Patria. Don Vicente y don Pedro desean obsequiar al vecino; y don Anselmo pregunta a París si es grafo, para extenderle las credenciales. El Ministro de Relaciones de Francia contesta con una especie de suave reprimenda por lo insólito de proponer a un industrial, cuando debiera saberse que es imposible en el orden diplomático, que exige más alta categoría social para una representación ante Su Majestad el Emperador. Don Anselmo replica con argumentos débiles en el orden técnico, pero con hábiles apreciaciones sobre la igualdad, ideal que Francia lanzó al mundo con el estrépido de una revolución, y que la joven Nicaragua recogió con fe y practica con sinceridad. La nota del Canciller fue aplaudida en el exterior; y significó un triunfo literario e ideológico, porque nuestro hombre se deleitaba todavía en las ficciones de la democracia que domina el siglo XIX.

En el período de don Pedro Joaquín Chamorro, con otra nota en que razona la actitud de Nicaragua no agresiva, pero valiente en la defensa de sus derechos, desvanece un grave conflicto centroamericano que su Gobierno afronta con energía. En el malhadado asunto del reclamo alemán, que violó toda justicia, discute con serena dignidad

frente a la insolente arrogancia del germano. Es el tiempo en que dominaba en el mundo internacional la doctrina de Thiers, que colocaba en depresiva situación de semi-bárbaros a los países de la América Española, sujetos a sufrir sin protestas las llamadas **demandas de indemnización**, que debían ser ratificadas por la fuerza como casos de policía, sin tomar en cuenta la soberanía del Estado americano. Nicaragua en su debilidad fue vencida sin pelear y humillada; despreciados sus tribunales de justicia, saqueado su tesoro, abatida su bandera, para establecer el derecho preferente del extranjero europeo en estos territorios en que habían surgido al mundo las nuevas nacionalidades, que no se quería dejar prosperar. Los Estados Unidos que se habían proclamado por sí y ante sí en la Doctrina de Monroe los guardianes del continente, zafan el hombro a Nicaragua, al negarse el Gabinete de Washington a servir de mediador. El pobre Canciller, apoyado sólo en la debilidad de una nación incipiente e inerte, se esfuerza por contener los arbitrarios avances de una potencia que siente y practica el imperialismo agresivo, que inspira la conducta de Europa en los países hispanoamericanos; pero su nota circular a esos países, escrita en la angustia de la hora, es un elocuente grito de alerta, y un documento, muy honroso para Nicaragua, en que se sientan y razonan doctrinas equitativas sobre la responsabilidad de los Estados para con los extranjeros, que debían informar más tarde la tesis triunfadora del Derecho Internacional Americano.

Por estos éxitos el público creía a don Anselmo un ministro omnipotente, árbitro de los destinos del país. ¿Hasta dónde llegaba su influencia? Con facilidad se exagera el predominio de un intelectual que sobresale en un período determinado, laborando intensamente al lado de hombres de acción. Los Presidentes a quienes sirvió don Anselmo eran verdaderos conductores de pueblos, que trazaban el rumbo, dejándole al colaborador intelectual la tarea de all-

nar el camino. Su influjo recae más sobre la forma que sobre el fondo de los negocios. El Mandatario da el color a la política, y al intelectual le toca dibujar los matices para que agrade a la generalidad. En el consejo áulico no se acogen íntegros sus planes, pero da forma elegante al pensamiento propio disminuído o al entero pensamiento ajeno, para que penetre en el alma de la muchedumbre. Sus notas son citadas en el exterior, las exposiciones de sus memorias llevan al público el concepto claro de la política gubernativa; pero la acción inicial no es suya, y su cooperación es recibida con medida. Al final, su influencia recae más sobre los gobernados que sobre el Gobernante.

Entre los ejercicios más pesados para la mente de un escritor, está el de expresar los pensamientos y sentimientos ajenos. *Operación de comprimir las propias ideas, para confundirlas en el pensar de otros.* Es el estiramiento o encogimiento de la propia dimensión para nivelarla con otra estatura, que al verificarse descoyunta una parte de la inteligencia. Don Anselmo tuvo que sufrir esa tortura para su temperamento de artista, pero como lo hizo al servicio de hombres de Estado de recto criterio y honrado corazón, no pierde fama en la confusión que la historia puede hacer de sus opiniones y de sus sentimientos nacidos en la espontaneidad de su alma, con aquellos otros que fueron inspirados por su Jefe en el Gobierno.

¿Por qué el General Joaquín Zavala, más que sucesor, heredero de don Pedro Joaquín en la Presidencia, prescindir de don Anselmo en su Ministerio? ¿Sería porque piensa que el Estado evolucione hacia novedades para las cuales puede ser una rémora el Canciller, acostumbrado al ritmo prudente de las administraciones de Cuadra y Chamorro? Zavala había sido aficionado a las letras, con muy buenas aptitudes en sus años mozos, y concurría con don Anselmo a las tertulias intelectuales del tiempo de don Fruto. Parece na-

tural que buscara la colaboración de su antiguo amigo y colega. Aunque tal vez por eso mismo de sus aficiones y aptitudes literarias, rehuía la cooperación de quien era temido en el público por pluma obligada de los Presidentes no letrados. Es el caso que don Anselmo no vuelve desde entonces a figurar en el consejo áulico de los mandatarios conservadores. ¿Cómo recibió en su corazón ese alejamiento? ¿No podría explicar ese agravio de su espíritu la facilidad con que resbalaba hacia la vehemente oposición, que es la nota predominante de su labor periodística? Y dado su ascendiente de publicista en el patriciado de Granada, ¿no sería parte importante para animar el espíritu levantisco del partido conservador, que es una de las paradojas sentimentales de la política nicaragüense? La causa de muchas rutas seguidas por las naciones en su historia, está muchas veces en las cosas ordinarias del alma de los hombres extraordinarios; pero qué difícil es percibir las vibraciones íntimas de esa alma cuando ya la cubren la muerte y la celebridad.

El distanciamiento de don Anselmo en los últimos períodos conservadores, es amistoso con Zavala, frío con Cárdenas y de franca oposición con Carazo y con Sacasa. Libre su pensamiento de las trabas de una posición oficial, corre suelto por el campo de su vocación, que es el cultivo de las letras, aunque siempre lo tira de la rienda el ser verbo de un partido político, en el periodismo y en el parlamento.

Durante todos esos períodos representó en el Congreso al conservadurismo tradicional, usando en las discusiones toda la gama de la oposición, desde los tonos suaves y benévolo, hasta los altos y hostiles al Ejecutivo. Era elocuente, ¿y cuál era su elocuencia? La obra del orador no perdura en su integridad, porque se forma de varias emanaciones de la persona, que sólo pueden ser apreciadas por el espectador de vista y oído. Al triunfo del orador contribu-

yen no sólo el pensamiento y la frase, sino también el gesto, la elegancia y la figura valorada por la impresión que causa en el público. Dos veces oí hablar a don Anselmo. Era un anciano y yo un adolescente; y esas dos circunstancias pueden afectar mi juicio, pero al reproducir en mi memoria los actos de aquellas dos oraciones suyas, me parece que carecía de las condiciones de un tribuno, pero que hubo de tener grandes aptitudes de orador parlamentario. Su prestancia, la soltura de sus modales, el tono de su voz, el énfasis de sus oraciones y el poderío de su lógica, me hacen creer que fue formidable en las discusiones del Congreso. 'El doctor Alfonso Ayón presencié un acalorado debate en el Senado entre el General Máximo Jeréz y don Anselmo. Tenía éste cincuenta años, es decir, estaba en la mayor pujanza de su personalidad intelectual. El doctor Ayón hace una admirable pintura del choque de aquellas dos mentalidades, representativas genuinas del antagonismo histórico de los partidos políticos que se han dividido la opinión pública de Nicaragua. El doctor Ayón se expresa así de don Anselmo: "Su razonamiento era claro, reposado y metódico; su estilo fácil, elegante, y a las veces pomposo; su dicción, tersa, de corrección intachable, como de quien domina a maravilla el idioma. Al final de cada uno de aquellos períodos largos, armoniosos y bien contorneados, el orador daba a su acento cierto timbre como metálico, que quizás no habría sido de muy buen efecto en una oración académica, pero que se avenía perfectamente con el carácter impetuoso y en cierto modo marcial de la oratoria parlamentaria".

Los políticos hispanoamericanos no saben quedarse quietos en la postura de caídos; y esa inconformidad, que es características de la raza, ha sido una de las causas de sus vicisitudes. Un filósofo moderno dice que la América sajona no ha estado ni mejor ni peor gobernada que la América Latina, y que la clave de sus éxitos de paz interior

y progreso continuo reside en la paciencia de su pueblo para soportar los malos gobiernos y esperar la época oportuna de liquidar su administración. En el partido conservador ha predominado la inquietud por sobre sus innegables virtudes de honorabilidad y patriotismo. Su impaciencia se manifiesta en una exacerbación del sentido crítico que lo torna reparón con la conducta aún de los gobernantes que profesan su credo. Fácilmente se excita a la primera queja, es exigente y con presteza se lanza a la oposición. Colocado en ese terreno ha sido terco y agresivo. Don Anselmo capitaneó en el Senado al grupo conservador que se colocó en esa actitud en contra de la administración del doctor don Roberto Sacasa. Eran once los senadores, entre ellos dos ex-Presidentes, todos hombres caracterizados, serios, ilustrados, de gran posición social y política. Formaban la mitad del número total de senadores, constituyendo una obstrucción para el desenvolvimiento de la política del Ejecutivo. Allí lució don Anselmo sus habilidades de orador combativo, ardiente y repentista. Las frases breves y cortantes con que hería al adversario han quedado como apogemas en nuestra oratoria parlamentaria. El doctor Sacasa había despertado, con el anuncio de su reelección, la intransigencia de don Anselmo y de los suyos, que rendían culto a la alternabilidad en el poder, como al principio máximo del programa conservador. La cuerda se puso tensa entre el Ejecutivo y la oposición del Senado; y Sacasa, perdidos los bártulos, resolvió cortarla expulsando a don Anselmo y al General Joaquín Zavala, que eran los senadores más temibles, por la elocuencia de sus palabras y por el prestigio de su personalidad.

Llegó otra vez don Anselmo a Costa Rica, refugio de los políticos orientales de Nicaragua en sus viajes obligados de opositores. La situación siguió cada vez más agitada. El partido conservador descendió al campo vedado de la conspiración, y en hora nefasta decidió lanzarse a la revolución,

levantando la compuerta, que con tantos trabajos él mismo construyera para contener la corriente de la demagogia, que había inundado y encenagado la primera época de la República. Don Anselmo desaprobó la sublevación del 28 de abril de 1893, en una carta que escribió desde Costa Rica, y en la cual vaticinaba la anarquía o la tiranía, como resultado de la guerra civil. El partido conservador resurgió por un momento a los poderes públicos, pero como llevaba en su organismo la paradoja de ser conservador y revolucionario, tuvo que sucumbir a la tempestad que él mismo desatará, para ceder el paso a su rival, revolucionario por la esencia de sus principios netamente liberales. Don Anselmo vio con la claridad de su talento el abismo, pero no tuvo la energía de tirar la rienda de su partido para detenerlo al borde. Su personalidad gozaba de suficiente prestigio para imponer su criterio a los tenientes de don Fruto, que habían olvidado las sanas doctrinas de lealtad militar y de subordinación a la autoridad legítima. ¿Por qué don Anselmo no tuvo ese gesto? ¿Le faltaría el ímpetu de la voluntad imperativa, que se necesita para dominar? Sea cual fuere la causa de esa omisión en la conducta de don Anselmo, es indudable que si procede a imponer su pensamiento, hubiera salvado a su patria y alcanzado en la historia la categoría indiscutida de grande hombre de Estado que, según definición de Valera que él mismo cita en uno de sus editoriales, "es, en otras más dichosas naciones, del partido más brioso y predominante: es el ejecutor de los proyectos y planes de ese partido, **el que tiene el deber de dirigir los públicos asuntos, según leyes y principios cuya persistencia en la historia, cuya condición tradicional infunde respeto y presta vigor, para oponerse a novedades extrañas, sin cejar ni pararse por eso**"

El hombre es un gran complejo en el cual cuesta desentrañar las raíces de la vida, y separar el producto espontáneo de las potencias de su alma de lo que ha sido super-

puesto en su individualidad por obra del mundo exterior. De sus acciones y direcciones muchas son ejecutadas y seguidas sin un propósito original de su inteligencia o de su corazón. Don Anselmo fue político aplaudido, canciller elogiado, parlamentario temido, pero a todo eso lo condujo una fuerza que no partía de las interioridades de su ser. En esos escenarios luce su figura lo suficiente para satisfacción de la vanidad; pero por mucho que brille ante la admiración del público, en sus operaciones se percibe cierta deficiencia. En la gobernación, por ejemplo, carece del don de mando, que es cosa muy natural en los Presidentes Cuadra y Chamorro; y en lo administrativo, no tiene método para las secuelas del negocio público. Pero cuando se entrega a las labores de publicista sus capacidades rebasan la copa para derramarse en una excelente prosa por el campo variado del periodismo. Está en su verdadera vocación, para la cual le dio Dios las cualidades preclaras de ingenio y de carácter. Todas las líneas voluntarias de su conducta concurren al sostenimiento de esa vocación: cuando estudia, lo hace con el fin de ser un buen escritor; en lo político, prefiere sobre la acción la exposición de las ideas. Lejos de los gobiernos, su alma se siente muy superficialmente contrariada, pero en el fondo goza al sacudirse el polvo de las oficinas, y al entregarse por entero a la literatura. Si en Nicaragua hubiera casas editoras que facilitaran la publicación de libros, de seguro se hubiera dedicado al ensayo filosófico e histórico; pero hubo de recortar sus vuelos para encerrarse dentro de las dimensiones del periodismo que era la oportunidad ofrecida por la cultura nacional. En 1857 fundó su primer periódico semanal, **El Centroamericano**, que dura hasta 1863, que hubo de suspenderlo por su emigración a Costa Rica. Vivo todavía **El Centroamericano**, que es editado en Granada, en el año de 1861 fundó en Managua **La Unión de Nicaragua**, semanario también. Redacta a la vez los dos periódicos, y tiene la habilidad de dar a cada uno de ellos tono diferente. En 1880, cuando

se aleja del Ejecutivo, revive **El Centroamericano**, siempre semanal, pero más serio y mejor presentado. En él escribe editoriales de gran aliento en que comenta los asuntos y filosofa sobre las cosas del pasado, del presente y del porvenir.

Como publicista nato todo lo mira por la faz que puede ser aprovechada como tema. Sueña en ser propietario al primer año de prosperidad, pero no vuelve los ojos a la tierra, que es el atractivo mayor del nicaragüense por el atavismo de terratenientes que nos viene de los colonizadores, sino que los fija en una imprenta, porque sus ilusiones le dicen que es el instrumento que necesita para producir riqueza. Logra ser señor y dueño de un taller completo; pero no se encierra en el uso egoísta de la propiedad, sino que la abre a la juventud como la casa de la intelectualidad. Así llega donde él Rigoberto Cabezas, joven de ambición y de talento, y tratan del proyecto de editar el primer diario de la República. Para hacer la empresa durable e independiente, lanzan acciones al público, que son suscritas en el acto por Chamorros, Cuadras, Lacayos y demás correccionarios ricos. Mejora notablemente la imprenta con abundancia de moldes, y prensas nuevas que permiten el tiraje de una edición numerosa. El periódico es llamado **Diario de Nicaragua**, y merece el nombre porque es el único que campea todas las mañanas por las calles de Granada, para salir después camino de las otras poblaciones a esparcir ideas expuestas en la prosa clásica y elegante de don Anselmo o en la vibradora e inquieta de Rigoberto. Pero estos dos sujetos no caben en la misma redacción, porque a pesar de una buena amistad, brota entre ellos el antagonismo político. Rigoberto se separa de la empresa, y el **Diario de Nicaragua** se convierte en **El Diario Nicaragüense** en cuyas columnas don Anselmo derramará por años la sal de su talento.

Es inagotable la diligencia de don Anselmo en esa época para tratar temas diversos, con variedad de géneros literarios. Sus editoriales son verdaderos ensayos, en que exhibe profundidad de conceptos expuestos en un estilo elegante, suelto, castizo y ameno. Gusta de la polémica, en la cual se ejercita con frecuencia tanto por su espíritu combativo, como por ser objeto de la contradicción agresiva de los adversarios de su partido, dentro y fuera de Nicaragua. Admira, como resultado de la educación literaria clasicista que tuvo en su juventud, el hecho de que este hombre tan vehemente, pueda, sin embargo, mantener en la discusión sólo el uso de frases ponderadas y de un estilo limpio y sereno. Tras el seudónimo practica la sátira; pero su ironía es superficial, benévola y hasta risueña; no tiene el sabor amargo de la de su colega don Enrique Guzmán, el crítico mas temido de la literatura nicaragüense.

El Diario Nicaragüense es el periódico que ha alcanzado mayor reputación literaria, y tenido más influencia social en Nicaragua. No era el concepto del periodismo de aquella época igual al de ahora en que predomina el sentido económico, o mejor dicho, el comercial, que hace consistir la razón del éxito en el modo de recoger, confeccionar y exponer las noticias, como si fueran mercaderías, que han de entrar más por los ojos que por la inteligencia al gusto del consumidor. En el periódico de entonces la noticia tenía un valor secundario ante la exposición del pensamiento y de la doctrina, y ante la habilidad de difundirla y el valor literario de la exposición. **El Diario Nicaragüense** no fue superado en Centro América en ese modo del periodismo. Las puertas de su casa eran vistas por la joven intelectualidad como las de una academia en que se fijaba y limpiaba el idioma. Cuando don Enrique Guzmán se agregó a don Anselmo en la redacción, llegó a tenerse a ésta como un areópago que consagraba reputaciones en la literatura patria. Publicar en **El Diario Nicaragüense** sus artículos, era la ambición de

los jóvenes escritores, y en sus columnas se hallaban las firmas de los literatos más ilustres del país.

Los productos de la empresa no andaban, sin embargo, a la altura de la fama. El dueño era demasiado imprevisor, desordenado y generoso para hacer producir un negocio aunque fuera numerosa la clientela. Pero vino a Nicaragua un joven hondureño, don Francisco Cáceres, y sin más mira que la de protegerle en su emigración de político derrotado, lo llamó don Anselmo a la administración del periódico. Fué un acierto, porque desde que don Francisco puso mano en el manejo, principió la prosperidad en la casa. El método trajo ganancias y holgura. He tenido a la vista la liquidación de un solo mes de las cuentas de **El Diario Nicaragüense**, y por su parte le entraron a don Anselmo más de setecientos pesos. Pueden no haber sido iguales todos los meses del año, pero en todo caso creo que ningún periodista de hoy, que las comunicaciones permiten mayor circulación en la República, y que prevalece más el espíritu comercial, pueda, sin embargo, gozar una cifra semejante como utilidad mensual.

La literatura de don Anselmo floreció también en el cultivo de la historia. No fue un paciente investigador que busca en los archivos la verdad de una antigüedad remota; sino un cronista que relata de manera agradable los acontecimientos que ha presenciado, los hechos de individuos que conoció de vista, y el pasar de cosas que tocó con sus manos; y cuando más, se extiende a referir lo que oyó a personas mayores, con quien trató en sus mocedades, sobre acontecimientos de que fueron testigos presenciales. Gusta de llevar la tradición al conocimiento de la gente joven; y ensarta los sucesos de tal manera admirable en el hilo de su relación, que los actualiza sin quitarles el polvo del pasado que les da el prestigio de la experiencia. Su comentario es breve y donoso. Se apasiona —Eugenio D'Ors dice

que la inteligencia es una función apasionada—, pero no pierde la serenidad, y su juicio es casi siempre certero. La participación directa en la cosa pública, le hizo conocer las interioridades, y visitar los bastidores de la política; y allí adquirió la facultad de calar las acciones para conocer la intención de los hombres que las ejecutaron. Su estilo es comedido, nada sentencioso, rehuye pronunciar juicios categóricos, y se conforma con insinuar discretamente su parecer. Es, sin disputa, uno de los grandes cronistas de Hispano América. Como Bernal Díaz del Castillo, el cronista soldado que vivió y relató la conquista de México, él cuenta los sucesos de un período intensamente doloroso, que vivió junto con sus mayores y sus iguales, sufriendo las contingencias de un país convulsionado e invadido. Es tal su inclinación a la crónica que muchos de sus artículos, escritos sin intento de relatar, improvisados en los afanes de la redacción cuando los impresores piden material, sus editoriales políticos, y aun la prosa juguetona de sus seudónimos, resultan al final crónica vivida, relato lozano de lo reciente y glosa humorística de lo sucedido.

No es posible hacer con acierto, en estos apuntes biográficos, un extracto de la doctrina teórica y fundamental de su obra de pensador, porque está disuelta en la profusa literatura de sus artículos, en los cuales trató, sin eslabonarlos, diversidad de temas, dilucidó diferentes materias, impresionado por las realidades de una actualidad, que afectaban sus opiniones y sentimientos porque eran también realidades de su propia vida. Pero siguiendo la veta de su pensamiento entre el abundante material, me he convencido de que profesaba un eclecticismo elegante parecido al de Cánovas del Castillo, de quien era admirador; eclecticismo que predominó como filosofía de la historia entre los pensadores del tiempo fácil de la Restauración en España. Era católico; la fe tenía raíces profundas en su corazón, pero su mente hacía frecuentes concesiones al racionalismo político,

base filosófica del liberalismo. La cuestión social no emocionaba al público entonces como ahora, pero se manifestaba ayer como hoy en los más graves asuntos de la política nacional; frente a ellos don Anselmo no da importancia a la economía política, y se atiene a la fórmula del liberalismo romántico que sostenía a la libertad como la solución de todos los problemas económicos y sociales. Cree en el perfeccionamiento de la democracia por la práctica del sufragio universal, que espera se purgará de sus innúmeros fraudes en virtud de su propio ejercicio. Y confía la evolución de la República, en el sentido de ese perfeccionamiento, al mando de la oligarquía honorable formada por el patriciado republicano, y que se debía envolver en una discreta demagogia, a la cual le sería permitido agitarse cada cuatro años para la renovación del supremo mandatario; y como un recurso contra el cesarismo democrático, que es el mal que aflige a los países hispanoamericanos, en forma de dictaduras prepotentes, levanta la alternabilidad en el poder como el principio central de su teoría de gobierno. En fin, como político teórico era lo que se llama en el siglo XIX un conservador liberal.

Es una ilusión peligrosa creer que la demagogia puede caminar a media rienda. A lo mejor se desmanda y arrolla a los partidos y al Estado en su carrera. El movimiento del 28 de abril fue la oportunidad para que se precipitara, produciendo la caída definitiva del régimen semipatriarcal de los Treinta Años. Surgió como consecuencia natural el cesarismo democrático. El General José Santos Zelaya ejercía una dictadura irrestricta, que no podía soportar la libertad de imprenta, y trató desde sus comienzos con hostilidad a don Anselmo, como el publicista más caracterizado del régimen destruido. **El Diario Nicaragüense** fue estrechado por continuas restricciones e imposiciones. En los primeros años procuró su director mantener el periódico dentro de una oposición moderada, adaptándolo, hasta donde lo per-

mitiera la dignidad, al pesado ambiente dictatorial, tan distinto del suave y tolerante en que había nacido a la publicidad. Cuando se escribe en esos medios restringidos, aunque parezca extraño, gana el estilo pureza y se hace más flexible, por la habilidad que tiene que desarrollar el escritor para decir las cosas de tal suerte, que puedan ser comprendidas por el lector, sin provocar la ira del poderoso. No ha sido bajo el imperio de la libertad cuando han florecido las más hermosas páginas de la literatura universal. Lo que escribió don Anselmo bajo aquel ambiente de plomo es más persuasivo en el discurso y ágil en la dicción, porque meditaba cada palabra y cada frase antes de trazarlas en la cuartilla.

La persecución aumenta por parte de la dictadura y se agudiza la oposición del partido conservador. Lucha terrible para el país, en que sucumbe **El Diario Nicaragüense**. El dictador no toleró más su publicación. Don Anselmo sufre hondamente cuando se le impone silencio; y para consolarse y activar sus talleres, los arrienda para la edición de periódicos ajenos, en los cuales colabora de incógnito. Esos diarios son de efímera existencia, porque mueren al menor desliz de las plumas de los que escriben.

Las influencias de la dictadura son trastornadoras, y todo cambia con rapidez en la política y en la sociedad. La tranquilidad es desconocida, porque no dan tregua ni descanso al país, el dictador con sus persecuciones, y sus enemigos con las revoluciones. Las mutaciones en el partido conservador han sido radicales en los métodos y en los personajes. Los compañeros de don Anselmo, los envejecidos tenientes de don Fruto, han muerto unos, otros están desterrados, los demás están alejados, y todos han sido sustituidos en la dirección del partido por una juventud que no conoce de cerca el gobierno en ninguno de sus poderes, y que ha forjado su mente en la indisciplina de las prisiones,

de la conspiración y de la rebelión. Se acongojaba el anciano al contemplar cuán fácilmente había sido destejida la tela que con ímprobo trabajo logró tejer su generación.

Permítaseme que desde aquí en adelante siga en estos apuntes el hilo de mis recuerdos personales. Don Anselmo es siempre el eje del movimiento intelectual de Granada, con repercusiones en toda la República. En el último año del siglo XIX, varios jóvenes estudiantes que le visitábamos con frecuencia, estimulados por él, decidimos publicar en su imprenta una hoja llamada **El Periódico**. Principió siendo semanal y después la convertimos en diaria. Sujetos a la censura, teníamos que orillar mil obstáculos que nos ponían las autoridades. Allí publiqué mis primeros ensayos literarios. Don Anselmo y don Mariano Zelaya Bolaños eran nuestros guías y consejeros. Ellos daban interés al periódico. Esos días fueron de gran tristeza para don Anselmo, y sin embargo, yo los recuerdo como tiempo alegre. Las mismas cosas tienen diferente color a la luz de la tarde, en que todo palidece y desfallece, que a la rosada luz de la mañana, propicia al regocijo y a las ilusiones. Desde entonces mi amistad con él fue estrecha, mantenida por su benévolo acogimiento y por mi adicta admiración. Esas relaciones me permitieron contemplar muy de cerca la última evolución de su espíritu selecto.

Muerto **El Periódico**, le notificó la autoridad a don Anselmo la prohibición de imprimir ningún otro diario. No se resignaba a dejar vagar a su imprenta y a su pluma. Se dedicó a traducir obras nuevas de idiomas extranjeros, para editarlas por entregas mensuales. Así tradujo del inglés y publicó la obra "De Esclavo a Catedrático", de Booker T. Washington, e hizo una traducción en prosa del "Cyrano de Bergerac", de Edmundo Rostand. Las entregas eran leídas con agrado por el público. En Granada había entonces más entusiasmo por las letras y se ayudaba con mayor ge-

nerosidad a los que las cultivaban. Pero la mano pesada cayó también sobre los talleres, y se quedaron inactivos, empolvándose las letras en sus moldes, ensarrándose los resortes de las máquinas, mientras su dueño soportaba entristecido el silencio obligado, que tal vez dejaba inédita en su cerebro la mejor de sus obras; la hija última de una gran inteligencia aleccionada por la experiencia de una larga vida. Lástima que la dictadura no hubiera permitido siquiera la dosis de libertad necesaria para que pudiera escribir las ideas abstractas, nacidas en la meditación de aquellos años, porque conoceríamos hoy la filosofía que dedujo de los propios dolores y desengaños, que tanto enseñan, de los grandes infortunios de la patria, de la esterilidad de las pasiones partidistas y la fecundidad del patriotismo auténtico, y de la debilidad de los esfuerzos humanos cuando no son sostenidos por la gracia de Dios.

Varias veces oía en aquel entonces el pensamiento vulgar de que don Anselmo se había sobrevivido. Tal vez yo mismo acogí ese concepto erróneo y materialista de la vida, en mi criterio de joven. Los años en que el hombre maduro de entendimiento por la experiencia, voluntaria o forzosamente, se aleja del maremagnum de los negocios públicos, y puede entregarse en el recogimiento a meditar sobre lo que ha visto y ha sufrido, sobre lo difícil que es acertar con la clave del bienestar de los pueblos, sobre la dificultad con que se avanza y la facilidad con que se retrocede en la organización de las naciones, sobre las ilusiones pasajeras de lo terreno, y sobre la esperanza permanente de lo divino; son años con que Dios obsequia a sus escogidos, para que se eleven sobre las miserias humanas, y se espiritualicen, alzándose sobre lo transitorio y caduco, para buscar el contacto con lo Absoluto. Hermosa figura la suya en ese tiempo: Noble anciano, sufre con dignidad y en silencio adversidades y miserias, y las aprovecha para esa

elaboración del propio espíritu, que no termina sino con la muerte.

No se crea que su vida es la de un anacoreta. Vive rodeado de los hijos de las dos esposas que vio morir. Es maestro. Enseña literatura y francés en el Instituto y en el Colegio de Señoritas que dirige su hija Francisca. Cuando no está perseguido, frecuenta las tertulias y asiste a las reuniones de la buena sociedad. El pozo de fe viva que guardara en el fondo de su alma, lo hizo retornar a la plenitud de las creencias y prácticas religiosas. Ilustrado expansivo y amenísimo conversador, se forman coros a su alrededor para escucharle. La pobreza le oprime, pero no le deprime. Goza de una prestigiosa posición social. En el penúltimo año de su vida, cuando cumplió los setenticinco de edad, o como decía él, cuando cayeron sobre sus hombros tres arrobas de años, estando caído, casi proscrito en su propia patria, tuvo la satisfacción, quizás concedida sólo a él en Nicaragua, de recibir el homenaje clamoroso de toda la sociedad nicaragüense. Lo iniciaron los elementos sociales de Granada, y correspondió el país entero, sin distinción de colores políticos; cosa de milagro en aquella época en que dividía a nuestra sociedad el rencor implacable y partidista. Por su casa pasaron el día de festejo conservadores y liberales eminentes, damas distinguidísimas, bellas señoritas, obreros, estudiantes, para unirse en el obsequio y en el aplauso. El viejo roble, que había sido sacudido tantas veces por los vientos inclementes, lloraba mecido al soplo de la brisa del afecto y de la admiración.

Muchas veces pedimos sus amigos jóvenes a don Anselmo que escribiera sus memorias. No se negó de manera rotunda, pero siempre lo dejó para más tarde, eludiendo trabajar para la posteridad. ¿Cuál sería la causa de su renuencia? ¿Le sería muy doloroso investigar la verdad removiendo su propia vida? ¿Se sentiría demasiado desilu-

sionado de la comprensión del público y del valor del esfuerzo literario? No lo sé; pero es una lástima, porque indudablemente su autobiografía hubiera sido una provechosa enseñanza para las generaciones venideras.

Cuando estaba ya postrado en el lecho con su última enfermedad, le visitábamos con frecuencia varios jóvenes que le éramos muy adictos. Nos relataba pasajes de su vida y sucesos que había presenciado, y sobre los cuales no había escrito. Nos mostraba los caminos de sus triunfos y las verdades de sus fracasos. Qué poderosa mentalidad la suya! Recuerdo que una tarde le hallamos leyendo en inglés a su hijo Anselmo el *Hamlet* de Shakespeare. Para recibirnos interrumpió la lectura. La conversación recayó sobre un pasaje del drama y para complacernos nos tradujo la escena del cementerio. Nos impresionaba ver y oír aquel anciano rendido al padecimiento, traduciendo y leyendo con elegancia, cual si estuvieran escritas en buen español, las desconsoladoras frases del dramaturgo inglés sobre el misterio pavoroso de la tumba. Le escuchábamos llenos de recogimiento y tristeza, cuando con voz lenta y cansada, pero clara, leía las amargas reflexiones de Hamlet, que a nuestros oídos sonaban como si el príncipe las pronunciara frente a un sepulcro abierto en el Cementerio de Granada: "Alejandro el Grande murió, Alejandro Magno fue sepultado, Alejandro poderoso se redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro..."

Cerró el libro el anciano, caló nuestra melancolía con su mirada lánguida de moribundo, sonrió plácidamente, se tocó el pecho con mano temblorosa, y nos dijo:

—Pero hay algo aquí que no se hace tierra...

Pocos días después, el 7 de mayo de 1904, la República se conmovió con la noticia de su muerte. Dios le había con-

cedido tiempo para prepararse, y recibió con humildad y con fe los auxilios de la religión. El de su entierro fue un día memorable para la ciudad de Granada. Volviéronse a reunir todas las clases sociales en torno de su persona; pero estaba fría y sumergida en el eterno silencio!. Le ví muerto; su figura era siempre de prócer. Frente a su cadáver recordé la escena de Hamlet en el cementerio. En su fisonomía, sobre la cual la muerte había impreso su austeridad, no tenían cabida las interrogaciones de la duda y del pesimismo del Príncipe dinamarqués, sino que se leían en ella dos afirmaciones: la del destino cumplido y la de la Verdad Absoluta, que vislumbrara su alma en las horas buenas de meditación y oración.

1, k. DON ENRIQUE GUZMAN

Don Enrique Guzmán fue el primogénio de un matrimonio que gozaba en la República de una alta posición política, social y económica. Su padre fue don Fernando Guzmán, que figuró en primera línea en nuestra política. Personaje de vanguardia en la lucha contra los filibusteros, salvador de la República en virtud de la unión de los Partidos, de que fue tal vez la más alta inteligencia en la ciudad de León, en la década medianera del siglo XIX.

Su madre fué doña Fernanda Selva, hija de don Silvestre Selva, que fue Director del Estado. Era doña Fernanda una bella mujer, muy agraciada en su trato, ingeniosa, causaba alegría a su alrededor.

Vivía el matrimonio en la ciudad de Granada, en el lugar más céntrico, llamado Plazuela de los Leones, en una casa amplia, en donde nacieron y crecieron en el regocijo cinco hijos varones, todos ellos inteligentes, y con excepción de don Enrique, herederos del festivo carácter de la madre; además dos hijas mujeres del mismo tono que los varones.

Don Enrique nació en el año de 1843, cuando culminaban los desórdenes políticos y sociales que siguieron a la fecha de la Independencia en la lucha feroz entre una demagogia desordenada y una reacción que tiraba violenta hacia la derecha; y muy en seguida se entró al período más trágico de Nicaragua perturbada hondamente por la invasión del filibustero William Walker, que eclipsó momentáneamente nuestra soberanía y planteó el terrible problema de la esclavitud, ajeno al alma nicaragüense.

Don Fernando Guzmán se destacó entre los peligros de esos difíciles tiempos como un patricio verdadero, desinteresado, constante, valeroso. Para rematar tan tristes días, acompañado por el General Tomás Martínez, cargó responsabilidades amargas para realizar la unión de los dos Partidos Históricos, en el noble propósito de arrojar a los filibusteros, y salvar a su patria; limpia la soberanía, y rota para siempre, y aún antes que en los Estados Unidos la esclavitud.

Formación Literaria

Los esposos Guzmán Selva pusieron su preferencia en don Enrique, al extremo de producir celos en los hermanos. En Nicaragua por la expulsión de los frailes hubo años de oscuridad en la enseñanza. Pero en un esfuerzo de los padres de familia granadinos, lograron fundar lo que se llamó la Universidad de Oriente. En ella se impartía una enseñanza estrictamente clásica: conocimiento profundo del idioma Español, y también del Latín y algo de Griego.

Don Enrique sobresalió por varios años en esos estudios. Para fe de la buena formación literaria de don Enrique copiaré aquí los atestados que le fueron otorgados con mención honorífica, en esa Universidad.

"Juan Alvarado Br. en artes y sagrados cánones y catedrático sustituto de gramática Latina y española en la Universidad Oriental:

"Certifico y juro en forma competente: que el jovencito Enrique de Guzmán ha sido examinado privadamente por el que atesta, en gramática española, según estilo universitario: que después pasó a obtener el certamen público de orden del Sr. Rector, verificado por los SS. Brs. don Mercedes Zelaya y Román Ortega, quienes tuvieron que aprobar-

lo unánimemente porque lo encontraron con todas las aptitudes necesarias manifestando de este modo el susodicho jovencito sus grandes y brillantes capacidades, y sus ardientes deseos de saber, como también su singular adhesión al estudio como lo está publicando el honroso triunfo que ha conseguido sobre los grandes escollos que presenta la mencionada gramática.

Y en fe de ser ésta la verdad, doy al interesado el presente atestado que firmo en Granada a los nueve días del mes de Diciembre de mil ochocientos cincuentidos.—
(f) Juan Alvarado (Rúbrica). — José A. Lezcano, Rector.

"Juan J. Somayoa Director del Liceo de San Agustín:

Certifico y juro que el joven D. Enrique Guzmán ha cursado las clases de Matemáticas y Física que presido, la primera desde el mes de Julio de mil ochocientos sesenta y uno hasta el mes de Octubre del mismo año en que fue públicamente examinado, y la segunda desde Abril de mil ochocientos sesenta y uno hasta la fecha; también certifico que ha cursado la clase de Filosofía durante diez meses, y creyendo que posee los conocimientos necesarios en ésta como en las anteriores materias le considero apto para ser en ellas examinado.

Para constancia del interesado doy la presente que firmo en Granada a los catorce días del mes de Agosto de mil ochocientos sesenta y dos.—(f) J. J. Samayoa (Rúbrica).

Don Enrique, el verbo de su padre

Por una feliz coincidencia, que abrió amplia puerta al destino de don Enrique, concluyó sus estudios cuando su padre lograba la más alta posición de la República, por los méritos de prócer. Esta oportunidad consistió en que don Enrique pusiera en actividad sus superiores conocimientos

literarios, que por regla general eran de pobre ejercicio en Nicaragua, siendo el joven lo que pudiéramos llamar verbo de su padre, que encontró en su hijo la facultad de dar elevada, precisa, y elegante expresión a sus pensamientos y a sus acciones. Según parece a don Fernando le faltaba ese don, y su hijo Enrique se lo suplió, con gracia y acierto, alcanzando victorias resonantes de estilo, para informar al continente de habla española de sus actos honrados, y de sus nobles propósitos.

Inicial y ejemplo notable de esa clase de trabajo es el manifiesto inaugural de su padre al tomar posesión de la Presidencia de la República. Documento que vale mucho en el orden literario, expresión cabal de un insigne programa de mando, que tuvo resonancia merecida en Hispanoamérica.

Cuando apareció la candidatura de don Fernando Guzmán, el Partido Conservador histórico, que después se iba a adornar con las obras del Presidente Guzmán, se opuso a ello, proclamando la candidatura de don Juan Bautista Sacasa. La causa de su oposición que fue se decía y era verdad que el General Tomás Martínez pensaba conservar la Comandancia General, anulando a Guzmán como mandatario. Guzmán para evitar ese peligro, tomó posesión, casi clandestina de la Presidencia de la República en Masaya. Todas esas circunstancias hicieron más valioso el manifiesto que le redactó su hijo Enrique. Era casi un canto a la libertad a la que proclamaba base del bienestar de los pueblos.

Viaje a Europa

Por la negativa de Guzmán de dar la Comandancia General a su antecesor Martínez, quedaron frías las relaciones entre estos dos próceres, y el Presidente Guzmán, en

parte para alejarlo de Nicaragua, y para ver de arreglar el problema geográfico de Nicaragua con las potencias europeas, envió en una misión extensa al General Martínez a Europa, llevando éste como Secretario al ilustre don Emilio Benard.

Mala la oportunidad de esta misión, porque acababa de pasar el fracaso de la intervención europea en México con el trágico final del fusilamiento del Emperador Maximiliano. Tanto la Reina Victoria de Inglaterra, como el Emperador Napoleón III de Francia, recibieron muy bien en orden personal al General Martínez, pero le cerraron la puerta a todo trato de cosas en el Continente Americano.

También había que arreglar nuestras relaciones con el Vaticano, porque existía la unión de la Iglesia y el Estado en nuestra Constitución y era de alta conveniencia celebrar un nuevo concordato. A esa misma fue destacado el propio Ministro de Relaciones, doctor Tomás Ayón y como Secretario Don Enrique Guzmán.

Así tuvo ocasión don Enrique de conversar con Su Santidad el Papa Pío IX, santo e iluminado varón. Esa entrevista conmovió el alma inquieta de don Enrique y le sirvió en el curso de su agitada vida de contrapeso a sus rebeldías radicales en las ideas.

La Guerra de 1869

De regreso el General Martínez siguió manifestando su descontento con respecto a Guzmán hasta llegar al rompimiento, uniéndose con el General Jeréz en un movimiento revoltoso. Guzmán nombró General a José Dolores Estrada que había regresado del destierro en que estuvo en tiempo de Martínez. Depositó la Presidencia y se puso a la cabeza del ejército. En la batalla de Niquinohomo derrotó

totalmente a Martínez y Jeréz, teniendo la elegancia de, en el propio campo de batalla, dictar el decreto de amnistía, y comprar por diez duros el fusil que le presentara cada soldado rebelde. Don Enrique fue en esa jornada, Secretario del General José Dolores Estrada, que murió en medio de los acontecimientos. Lució su estilo nuevamente en el orden político militar don Enrique en las proclamas del Presidente Guzmán y del General Estrada, en la necrología consagrada al héroe de San Jacinto.

Don Enrique, Radical

Nicaragua sufrió una crisis en las ideas por la falta de una enseñanza filosófica de fondo católico. Mas que laicismo intencionado fue una oscuridad de ignorancia. El liberalismo como ideal se impuso en las inteligencias. Los dos partidos históricos, el Conservadurismo y el Liberalismo, en verdad eran liberales los dos, con la sola diferencia que estaba en el radicalismo agresivo del partido Liberal, y en el liberalismo moderado del otro. Además se estableció un enciclopedismo en la enseñanza. El pensamiento clásico zozobró lamentablemente.

Don Enrique no heredó el temperamento equilibrado de su padre, sino la exaltación de carácter de su madre. Es liberal pero repudia la moderación. Es un exaltado. Es un intelectual eminente que entrega en plenitud su pensamiento al radicalismo agresivo.

En esta política son unas cifras de gran significación sus relaciones con el General Máximo Jeréz. El caudillo liberal era también de educación clásica como don Enrique. Profundo latinista, se complacía en recitar los buenos versos del Latín. Pero según el mismo don Enrique nos dice no era Jeréz ni buen escritor ni buen orador. Es muy posible que el caudillo haya cultivado especialmente su influencia

en don Enrique, seducido por su estilo y por la precisión de sus expresiones literarias.

En estas andanzas liberales y sin desprenderse del centroamericanista Jeréz, don Enrique recorrió todo Centro América, y en las cinco Repúblicas dejó la huella de su pensamiento radical magistralmente expresado. Pero es indudable que su despierta inteligencia y su penetrante mirada principió a sentir descontento de sus ideas cuando vio de cerca el modo tiránico de gobernar de los hombres principales de su credo.

Don Enrique, Periodista

Para hacerse oír don Enrique no tiene más órgano que el periódico. El no era orador. Jamás brilló por la palabra hablada. En los Congresos donde llegó como representante liberal pasó sin dejar eco. No sólo en Nicaragua, no sólo en Hispanoamérica, sino también en España, esa clase de escritores tenían que usar el papel circulante, ya fuera semanario, ya fuera diario.

Para comprender esta situación de don Enrique lo podemos comparar con Mariano José de Larra, a quién por cierto se parece en líneas del estilo, y de la intención, ya sería ya burlesca. El periodismo, y los seudónimos eran la trinchera de estos luchadores.. Larra algunas veces era El Pobrecito Hablador, otras Fígaro, pero siempre puro en su estilo, castizo en sus frases, resultaba un modelo de buena literatura. Las colecciones de sus artículos son libros de alto valor que adornan cualquier biblioteca moderna.

Así don Enrique unas veces era El Moro Muza, otras Antón Colorado, pero siempre perfecto en su estilo, castizo, claro y travieso. En el primer tiempo de sus ejercicios de periodista, la sal que derrama sobre su prosa, lo pone mil

veces en peligro y lo hizo vagar con sus equipaje de pluma y papel de República en República de este agitado istmo Centroamericano.

Sobre su rica florescencia roja muchas veces prevalecía su verdadera esencia de escritor, produciendo como Larra ensayos, de permanente mérito literario. Tales por ejemplo, la Biografía de don Anselmo H. Rivas, escrita cuando don Enrique era adversario del otro gran periodista nicaragüense, sus dos artículos sobre Jeréz, del cual hace un fiel retrato, y el segundo escrito con intención necrológica cuando murió el caudillo en Washington, se puede comparar sin desventaja ninguna con las bellas páginas que escribió Mariano José de Larra a la muerte del Conde de Campoalage. Su artículo, Ni Famélico ni Abyecto, vale como profunda filosofía política.

Don Enrique como Político

Sus actividades como político no podían sujetarse al compás de las reglas partidarias que prevalecían en Nicaragua, y que exigían al ciudadano ser leal a uno de los grupos que actuaban por años haciendo la consistencia de la República. Los programas de los dos partidos históricos de Nicaragua como hemos dicho tenían muy poca diferencia. Don Enrique en los movimientos naturales de su agitada vida evolucionó con gran sinceridad hacia el catolicismo. Fue un verdadero convertido religiosamente. Una vez convencido de que la verdad residía en la doctrina de la Iglesia, se le impuso, por la misma educación clásica el evolucionar hacia el conservatismo. Pero en ese Partido, no le satisface la simple moderación en la marcha liberal de la idea. El quiere un conservatismo reaccionario, fuerte, enraizado en las esencias mismas de la raza, intransigente en sus modales. Pasa a ser ahora un exaltado anti-liberal, como fue ayer un exaltado radical.

Entonces entra en relaciones estrechas con su antiguo adversario don Anselmo H. Rivas y colabora en la redacción de El Diario Nicaragüense. Los editoriales que escribe en ese periódico son un modelo en cuanto a sus razonamientos, en cuanto al valor clásico de su literatura; es el hijo de don Fernando Guzmán con el don de la palabra escrita, pero al mismo tiempo maneja la sal de la burla de que son famosos todos los Selvas en la sociedad nicaragüense. Don Enrique inventa un género nuevo: La Gacetilla. Consiste éste en recoger en breves palabras una noticia, o a un personaje, y clavarlo ante la espectación pública con el estilete de una burla fina, hiriente y a veces hasta mortal para la reputación del adversario.

Poco afortunado en política, en estas nuevas actividades literarias que corren por varios periódicos, su vida se torna accidentada. Contempla la caída del Partido Conservador, y don Enrique en una nueva fase vuelve a vagar por todo Centro América; es el exilado que regocija con su estilo, que maneja la pluma como un arma, que no siempre encuentra la simpatía, y se ve obligado a saltar a otra República.

Real Academia Española

Es una larga y amarga jornada de don Enrique, que siguiéndola, vale por una parte valiosísima de la historia de Nicaragua. En todo momento se revela el escritor clásico, el estilista delicado cuya presa servirá permanentemente de modelo en las alturas de los mejores escritores hispanoamericanos. Por ejemplo, las polémicas que sostuvo con el seudónimo de **El Moro Muza** con otro purista de la lengua, el doctor Manuel Coronel Matus que escribía con el seudónimo de El Bachiller Sansón Carrasco y que se intitulan Tiquis Miquis Gramaticales; son bellas lecciones de un Castellano

puro, agradable en sus líneas, onduloso en su trayecto, sujeta a la máxima clasicista de Cicerón, instruye divirtiendo.

Algunas personas critican a don Enrique como escritor, porque aseguran que nunca emprendió obra de mayor aliento, teniendo capacidad suficiente para hacerlo. Me parece injusto el cargo. La obra de don Enrique resulta de aliento para quien la estudie hoy, pero anda dispersa por la razón sencilla de que todo lo eminente de nuestras letras anda disperso. Sin embargo la Academia Española, concedora de esa obra tan hispanoamericana de don Enrique le concedió el alto honor de hacerlo, motu proprio, Académico Correspondiente.

Trascribimos para la consagración del escritor nicaragüense el título otorgado por La Academia:

«LA ACADEMIA ESPAÑOLA atendiendo a los conocimientos lingüísticos, méritos literarios y demás circunstancias recomendables del señor don Enrique Guzmán, se ha servido nombrar en junta del 19 del mes actual individuo suyo en la clase de Correspondiente Extranjero.

Y para que lo pueda hacer constar se le expide este diploma firmado por el Excmo. Sr. Presidente accidental, refrendado por el Ilmo. Sr. Secretario y autorizado con el sello mayor de la Academia.

Dado en Madrid a veinte de noviembre de mil ochocientos noventa y uno.—El Presidente Accidental, Aureliano F. Guerra. — El Secretario, Manuel Tamayo y Baus.

A propuesta del Excmo. Sr. D. Manuel Cañete, del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce y del que suscribe la Real Academia Española nombró a V. S. en junta celebrada anoche, mediante votación secreta, individuo de esta Cor-

poración en la clase de Correspondiente Extranjero dando así testimonio de apreciar juntamente los conocimientos de V. S. en lingüística y letras humanas.

Tengo a honra y dicha comunicarle a V. S. para su satisfacción, remitiéndole al propio tiempo el diploma del expresado cargo.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Madrid, 20 de noviembre de 1891.

El Secretario

MANUEL TAMAYO Y BAUS

Don Enrique, Satírico

Por un lado, cuando don Enrique eleva su producción a las dimensiones y a la profundidad de pensamiento del ensayo, es un completo triunfador en la alta esfera literaria; pero cuando en las mismas páginas suelta la sátira, es hiriente, puntiagudo y filoso, y despierta la cólera con sus burlas, al extremo de haber sufrido por ellas graves percances.

En una polémica con su primo don Carlos Selva, periodista de altos kilates también, ambos se injurian, y don Enrique una tarde azota a su contrincante, porque él era fuerte y vigoroso. Carlos Selva piensa en la venganza y busca la ocasión de matar a don Enrique.

Un día en el barrio La Sirena de esta ciudad de Granada se daba una comida de gala por la colonia española, para celebrar el cumpleaños de Alfonso XIII. Don Enrique acompañado de su amigo don Faustino Arellano iban vestidos de gala al banquete. Pero en la acera del Parque le

salió Carlos Selva armado de un revólver y le disparó los cinco tiros. Lo hirió de gravedad y lo dejó renco para el resto de su vida.

Bastantes años más tarde, ya en la segunda época política de don Enrique, viviendo exilado en San José de Costa Rica, publicaba junto con otro escritor notable, Pedro Ortíz, un periódico llamado **El Día**. En una de tantas escribió una burla fuerte contra uno de los personajes de gran valía en Costa Rica; y muy ofendidos los costarricenses, un grupo condenó a muerte a los dos periodistas.

Una tarde don Enrique y Pedro Ortíz fueron a una carpintería para encargarse de una mesa que les haría falta en su sala de redacción. Por un mal informe fueron a una carpintería que se ocupaba exclusivamente de cosas fúnebres, ataúdes, etc. Los dos escritores riéndose de su propia equivocación exclamaron: Nada hacemos aquí, dichosamente no necesitamos ataúd.

No habían andado doscientas varas cuando le salió al paso el asesino. Les disparó con certeza y a don Enrique le atravesó un pulmón y a Pedro Ortíz el vientre. Mucho tiempo estuvo don Enrique entre la vida y la muerte, pero era sujeto vigoroso y salió triunfante. En cambio Pedro Ortíz murió al día siguiente, y ocupó la fábrica de ataúdes que había visitado y dado lugar a la broma trágica.

A pesar de semejantes lecciones don Enrique no abandonó nunca su doble estilo, del vuelo alto en sus ensayos literarios, y de la sátira mordaz que se le escapaba por la pluma al correr con gran facilidad sobre el papel.

Pero en todos estos ejercicios, la calidad excelente de su carácter como escritor y como ameno conversador, la informaron la decencia y la independencia, que nunca de-

clinaron en su ánimo. Fue decente aún para transitar por el error. Cuando yerra al expresar una idea fue siempre por haberse precipitado libremente en lo falso, sin hacer concesiones a influencias exteriores, o a estímulos vergonzosos de la venalidad. Una vez poseído de una idea la vierte con ánimo libre suene como sonare a unos y a otros; y lo que pudiera parecer como contradicción entre lo que dijo temprano, y lo que dijo al atardecer de su vida, no es más que el resultado de su soberana independencia que no admitía cortapisas para su pluma.

Don Enrique en la Sociedad

Don Enrique Guzmán tenía el ser y la elegancia de un aristócrata de noble y desenvuelta presencia, de finos modales, circunspectos y muy ameno conversador. Esmeradamente limpio, vestía con mucha corrección, aún en los años de su ancianidad. Cuando él llegaba a un club, o cualquier otro lugar de pública reunión, inmediatamente se formaba tertulia en su alrededor.

Era muy aficionado al juego de naipes; en el Club Social de Granada todas las noches se le veía jugando; sabía perder. No perdía la cabeza en los riesgos de una partida, ganara o perdiera, y amenizaba la mesa con su ingenio y donosura.

Fue siempre enamorado. En su juventud tuvo éxito de tenorio. Fueron famosas en las crónicas políticas y sociales sus amores con una alta dama de León. Mujer de distinguida familia y de suma belleza. Se le entregó totalmente; tuvo con ella una hija mujer, y lo seguía dulcemente enamorada por sus pasos literarios y políticos.

En este punto de amores y seducciones perdió el equilibrio de su lúcida inteligencia, con la intención de querer

seguir en la ancianidad sus pasos de tenorio, sin fijarse que la facultad de seducir sucumbe con la juventud. No tuvo el clásico la visión a este respecto del poeta rebelde Rubén Darío, que dijo:

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
cuando quiero llorar, no lloro . . .
y a veces lloro sin querer.

Y sin embargo encerrado en los límites de su hogar consistente y virtuoso, fue buen padre de familia. Casó con una mujer también muy bella, y en punto a amores aficionada a las letras, y viuda de un poeta y vuelta a casar con un gran prosista. Don Enrique fue tierno con ella, y atendió constante, y por sobre todas las agitaciones de su vida a la educación de sus hijos.

Es curioso notar, que exceptuando al mayor de sus hijos, que tuvo alta figuración política, que se llamó Fernando y fue vera efigie de su abuelo, el otro hijo varón y todas las mujeres heredaron la agudeza y travesura de ingenio.

Es un éxito curioso que don Enrique de vida tan agitada y revuelta haya podido fundar, regir y mantener dentro de la virtud y la corrección a su familia. Casi siempre los hombres de ese temperamento fracasan en este esencial aspecto de la vida y de la sociedad.

Don Enrique y Rubén Darío

Indudablemente don Enrique Guzmán desconoció el alto valor literario del que es hoy el poeta máximo de Hispanoamérica. La entrevista que el mismo don Enrique nos relata en su diario, que tuvieron en San José de Costa Rica,

los dos hombres de altura en Nicaragua, el clásico y el innovador, revela no sólo menosprecio de la poesía de Darío, sino también antipatía por el personaje.

El caso de la lucha, llamémosla así, entre don Enrique y Darío es muy parecida a la de los grandes poetas españoles Góngora y Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios cuyo centenario se está celebrando en este año. Góngora pertenecía a la alta aristocracia española y menospreció al Fénix. Lope de Vega era de extracción humilde y se defendió con inaudito coraje contra aquel magnate por la sangre y por las letras. El triunfo fue del humilde en toda la línea. Fue una producción la suya que alcanzó grados de inundación de agua viva en el más alto orden de la literatura.

Rubén Darío apetecía el sello de don Enrique sobre sus primeras letras, casi lo mendigaba, y don Enrique que en Nicaragua era como Góngora, magnate por la sangre y por las letras, lo menospreció, se burló de él con su sátira caústica. Fue tal la conmoción que Rubén produjo en el idioma Castellano, que un crítico español Valbuena, de agresividad igual a la de don Enrique, que usaba la sátira implacable, después de haber criticado Poetas Guatemaltecos, usó esta frase desdeñosa contra Rubén: "Pasemos ahora de Guatemala a Nicaragua; que en poesía, es pasar de Guatemala a guatepeor".

Además puede ser que la antipatía de don Enrique por Rubén Darío haya tenido por raíz no sólo la severidad clásica, sino también cierto jugo amargo de nuestra política casera. Muchos en Nicaragua se pronunciaron contra Rubén, algunos hasta osaron ridiculizarlo, porque lo creían un servidor abyecto del dictador Zelaya. No comprendían que el genio de Rubén lo hacía flotar en las nubes por sobre todas nuestras miserias partidistas.

Pero don Enrique mantiene por años, por décadas su censura clásica al gran poeta innovador. Ya Rubén es el águila caudal que voló sobre todo Hispanoamérica y España, y sin embargo, todavía apetece la aprobación de don Enrique y le dedica un tomo de sus obras insignes con estas palabras: "Agradeciéndole en mi edad madura las lecciones que me dio su crítica en mi juventud". Pero don Enrique no baja el dedo índice, y sigue impugnando al poeta, condenándolo y creo que se puede aplicar la palabra, blasfemando contra su gloria.

Ya Rubén era un consagrado por los grandes críticos españoles, como Juan Valera y Menéndez Pelayo, cuando don Enrique lo negaba, lo infamaba en el orden literario, en varias polémicas con el padre Casco, con don Mariano Barreto y con otros escritores que le cantaban en revistas literarias de León, ciudad tenida por capital de las letras en Nicaragua.

Son dos cumbres de la literatura nicaragüense en pugna. El clásico excesivamente severo que estima atentado imperdonable todo lo que fuere romper el ritmo, la técnica, el compás de la poesía clásica. Aquí también nuestro Góngora, elegante en el decir, aristócrata sin discusión, es dejado atrás por el nuevo Fénix, que se alza como un águila caudal, desde una aldea nicaragüense para tener resonancia vencedora, iluminadora en todas las partes en que se hable Español.

Sin embargo, el poeta vencedor, monarca consagrado de un nuevo movimiento literario, que se ilusiona con aires de marqués, en regresos a sus años juveniles que todos los hombres tenemos, ansía por un aplauso de don Enrique y se encoge tímido ante su crítica. Es este un fenómeno muy humano, en que renacen y dominan al ánimo varonil las ilusiones y los temores de la primera juventud. Pero el clá-

sico no cede, e insiste, contra el general clamor, en alzar la mano que excomulga.

Resumen Final

Expuestos todos los datos graneados que hemos recogido y examinado, deseamos quedarnos un rato a solas frente a la silueta definitiva de don Enrique. Nos preguntamos qué fue verdaderamente don Enrique en la esencia de su persona que tuvo tantas fases y variantes, y la contestación es cabal: un escritor.

Su inteligencia esclarecida por naturaleza, se robusteció en la formación clásica de sus estudios. La inquietud de su pensamiento, bajaba en corriente a veces serena, otras embravecida e impetuosa, y dominada por el buen humor saltarina por la burla, hacia la punta de su pluma. Ahora resuenan vagamente esas excelentes producciones en los débiles ecos literarios de nuestra patria. El estudioso que para en ellos, aplaude sin reservas y se explica las tempestades de la vida del autor.

Resumiendo, llegamos a la consecuencia de que se impone una selección de sus artículos, distribuidos formalmente entre los serios y los festivos, y rubricada con el título de Obras Completas de don Enrique Guzmán.

1962.

1, I. DOS HOMBRES, DOS HISTORIAS

DON RICARDO JIMENEZ Y EL GRAL. JOSE SANTOS ZELAYA

Contestación al discurso de incorporación a la Academia Nicaragüense de la Lengua de Don TEODORO PICADO, ex-presidente de Costa Rica, en 1949.

Señores Académicos:

No fue desmedido el acto de esta Academia Nicaragüense, correspondiente de la Real Española, al llamar a su seno al Licenciado Don Teodoro Picado, Ex-Presidente de Costa Rica, cuyo discurso de recepción, acabáis de escuchar y aplaudir. Aunque él diga lo contrario por modestia, su personalidad literaria fué medida previamente para determinar su aceptación, por el voto unánime de los académicos, que sabían de su actuación lucida en conferencias que ha pronunciado, y que han sido gozadas por diferentes públicos nicaragüenses, en este tiempo en que el vendaval de la política, lo arrojó a nuestra tierra, donde no se le ha mirado como extraño. Pero ésto de la justa medida de sus méritos literarios no significa que hayan sido ignoradas, otras circunstancias de los órdenes social y político, que envuelven al individuo, que son tan suyas como sus cualidades naturales, y dan realce a su personalidad, cifra imborrable en los anales de su patria.

Nos ha obsequiado hoy don Teodoro con la biografía de otro costarricense ilustre, su anterior en tiempo, su maestro: Don Ricardo Jiménez. Nos advierte, al presentárnoslo **que lo conoció ya de viejo**. Yo tuve también ocasión de conocerle personalmente, en años anteriores a su vejez, cuando en plena virilidad, era Presidente electo de Costa Rica, en espera del ejercicio de su primer período.

Permítaseme deslizar este recuerdo, entre los renglones de las amenas memorias del Licenciado Picado. Fue en mil noveciento nueve; pasaba yo por Costa Rica rumbo hacia Bluefields para incorporarme a la revolución que se había levantado en ese puerto, encabezada por el General Juan J. Estrada. En el Hotel Imperial de San José a la hora de la cena, fui introducido a sus relaciones por Paulino Valladares, periodista hondureño, a quien me unía amistad del corazón y de la inteligencia. Valladares estaba en Costa Rica en misión diplomática para asistir a la toma de posesión. Era Don Ricardo, tal cual lo dibuja don Teodoro, "alto, bien formado y tenía cierto desgarrado señorío". Me preguntó sobre mi viaje y le oculté su objeto, porque el gobierno de Costa Rica no miraba con simpatías nuestras andanzas de revolucionarios. Supongo que penetró a través de mi juventud la verdad, porque ví en su boca bien marcada, el rictus de ironía del citado dibujo, gesto con que acogió la falsa versión de mi tránsito por San José. Incontinenti criticó los métodos revolucionarios, y se refirió a la saludable evolución que prevalecía en Costa Rica. No deben haber parecido muy convincentes sus razones de Presidente electo, satisfecho de su éxito, a mi mocedad inconforme, que iba sobre mar proceloso, impulsada por el viento desatado de Nicaragua en plena guerra civil. Muy pronto, después de esa conversación, principié a meditar sobre cosas y casos de nuestra política, frente a campos ensangrentados y talados.

Me dice don Teodoro, desde la tribuna de la Academia: "Sería una equivocación, suponer que siempre vivió Costa Rica, una existencia de orden democrático y de legalidad".

Para probar su aserto y destacar a su personaje, nos traza en grandes líneas, el cuadro histórico de la República de Costa Rica, hasta culminar en los años que ilustró la figu-

ra de don Ricardo. Fué éste un gran señor, destacado exponente del liberalismo romántico en Hispanoamérica. No es de extrañar que junte en un mismo individuo las cualidades de señor y exponente liberal, porque señores fueron los criollos propulsores primeros del liberalismo en este continente, en donde esta doctrina, en el orden social, operó de arriba para abajo. Inspirada la idea liberal en el racionalismo, penetró como cuña a golpe de martillo, de la superficie semi-ilustrada, al centro nutrido de fe cristiana, al producirse la crisis de la dispersión del Imperio Español, por el movimiento vital e indispensable de la Independencia.

En Centro América, que también fué dispersada a pesar de la mayor consistencia de los factores geográficos e históricos, que ligaban a las cinco provincias del Istmo, es muy complejo el fenómeno de unidad y diversidad, en las contingencias y acciones que han precipitado a éstos cinco Estados durante un siglo, en un vórtice de divergencias y convergencias, que aún los arrastra sin orden ni concierto hacia un destino oscurecido por la incertidumbre.

Necesitó don Teodoro detenerse a trazar el cuadro en que se formó y actuó su personaje, para captar sus nexos de vida porque todo hombre de importancia, acciona y reacciona sobre su mundo histórico. El éxito de una biografía está en convertir al sujeto en el punto central de un proceso histórico. El proceso de la referencia es el del liberalismo, al desenvolverse sobre la trabajosa organización de una República Centroamericana. Y no es malo advertir, para evitar torcidas interpretaciones, que al hablar en el texto del liberalismo, no me refiero a ningún concepto partidista, sino a un sistema, o si se quiere a una filosofía, que enseñoreada del siglo XIX, informó los criterios de nuestros próceres sin distinción de bandos. Fué anterior a la existencia de los partidos, a los cuales inició sobre la división producida por la moderación o radicalismo en el implanta-

miento de la misma idea. Uno de los primeros efectos de esa idea fué el creador del **homo politicus** en nuestras tierras, y dar a la política un sentido predominante sobre todas las actividades del espíritu, y sobre todos los hechos culturales o económicos.

La teoría liberal, la mayor fuerza de pensamiento en el impulso de la vida centroamericana, después de la independencia, fué inspirada por la filosofía del siglo XVII y modelada por la ejemplaridad práctica de los Estados Unidos de Norte América. Esos elementos no se adecuaron a la tradición castiza, sobre la cual penetraron, ya lo dije, como cuña, descoyuntando el orden existente en lo social y en lo político. Se produjo un trastorno, que hizo perder a estos pueblos el sentido de orientación.

Un medio social que sufría la obra creadora del mestizaje, complicó el problema, hasta llegar a constituir un **imposible histórico**, por cuanto estaba el propósito animador en contra de la vocación del pueblo, informada por la educación cívico-religiosa de la colonia.

Los próceres obraron imbuidos en Rousseau, Montesquieu, Bentham, e impresionados vivamente por el buen éxito obtenido por los Estados Unidos, en la organización de la República y en el desenvolvimiento de la democracia. Se desviaron del camino en que hubieran podido evolucionar prudentemente sobre sus propios elementos estatales y populares. Creyeron como dice el chileno Jaime Eizaguirre, "que la patria libre era una extraña flor brotada de súbito y capaz de explicarse por sí misma". Se entregaron a la imitación de lo norteamericano, ejecutada en tono de revolución francesa, en un diapasón de estridencia tropical. La masa no comprendió esa invención de los señores, y la interpretó en un sentido demagógico, rompedor de jerarquías y despreciador de aptitudes, para obedecer al final sólo al

caudillo, predominante por la audacia, u otras fuerzas imponentes, materiales o psicológicas. Se produjo el conflicto entre la soberanía política y la soberanía social, que ha sido vibración convulsa en la historia hispanoamericana. De la lucha que engendrara ese conflicto brotó el desorden de cuartelazos, golpes de Estados y dictaduras, que formó la corriente de los acontecimientos. A través de un siglo ha logrado grabar surco profundo y formar una nueva tradición, que incrustada en la vieja, ha creado el ambiente social y político, en que creció y actuó don Ricardo en su primera juventud, y en que todavía vive angustiada Centroamérica.

No ha sido sin embargo uniforme el proceso en todas las Repúblicas Hispanoamericanas. En unas la corriente de la política siguió los cauces paralelos de partidos permanentes. En otras fue uno solo el cauce en que se vació por el sistema militarista. En pocas, un dictador inteligente y temperanero, verbi gratia, Braulio Carrillo, pudo amansar la corriente por procedimientos patriarcales. Aquí procuraré estudiar ligeramente la disparidad de procedimientos, entre Nicaragua y Costa Rica, al comentar la biografía de un personaje, que fue guión en el desfile de la democracia centroamericana.

Si observamos al Istmo, no en su unidad geográfica, sino en su prístina formación de entidad nacional por obra de la conquista, se nos muestra dividido en dos secciones. Forma la primera la tierra que fue dominada por conquistadores españoles procedentes de México, que operaban bajo el signo de Hernán Cortés, y que inundaron a Guatemala, El Salvador y Honduras.

La segunda sección, fué el escenario de los hechos de conquistadores que vinieron del sur, procedentes de Panamá y sujetaron a Nicaragua y Costa Rica. Estas dos repúblicas

fueron incorporadas a los dominios del Rey de España, por la legión de hidalgos, que vino con Pedrarias a Panamá. Constituyó ella la primera expedición oficialmente organizada en la Madre Patria con fines colonizadores. La conquista de hombres resueltos, que gastaban recursos reunidos por el propio arbitrio, y operaban bajo la iniciación y dirección de un genial capitán de aventuras, tal Hernán Cortés. A éstos les tocó chocar contra la más fuerte resistencia indígena que presentara América a los invasores.

Las dos maneras de operar, la de individual iniciativa y la organizada oficialmente, chocaron en la frontera norte de Nicaragua. Hernández de Córdoba y Hernando de Soto, tenientes de Pedrarias, pelean con Hernández Saavedra, teniente de Cortés. Los hombrazos se inquietan. Nicaragua es el epicentro de la inquietud. Fue este choque el primer brote de las guerras civiles centroamericanas, tal cual serían después de la independencia. Roce de autoridades recién surgidas, que desean más amplia jurisdicción para su insegura legitimidad. Deseos de influencia política que se derraman sobre las fronteras. La metrópoli con su autoridad indiscutida logró juntar en una sola a las dos secciones, que puso bajo la gobernación de una Capitanía General. Así transcurrió el tiempo de la colonia, en una administración de calma y de reglamentaciones propicias al crecimiento de nuevas nacionalidades, que marchó cuesta arriba, lento pero seguro, sin más ejercicio político propio que el de los Ayuntamientos. Nicaragua y Costa Rica hicieron esta jornada de trescientos años, juntas y unísonas.

Pero después de la independencia, la corriente del liberalismo, al penetrar en cada uno de estos dos países, no siguió el mismo cauce, a pesar de sufrir saltos parecidos, en cuanto dictaduras y cuartelazos. Fue mucho más trabajoso y desconcertante el irrumpir del liberalismo sobre el sistema castizo, que el penetrar de la colonia, para sustituir a los

métodos indígenas. Y es que la consistencia social de lo castizo, de raíces cristianas, no podía compararse con la de lo indio que encontraron los españoles dispersado en tribus y cacicazgos. Existía al sonar la independencia una sólida unidad sentada sobre los resortes de la razón y la fe en relación de mutua ayuda. El liberalismo pretendió suprimir el de la fe y siguió un camino escabroso saltando en un pie.

El derecho público que nos había de regir fue escrito por criollos ilustrados, que en su entusiasmo creyeron posible organizar una nueva sociedad sobre normas de su inventiva, con tendencias al plagio, como sucede siempre en materia de legislación, cuando se desvía el legislador de la tradición y desprecia las costumbres como fuentes de inspiración. Las nuevas corrientes jurídicas no pudieron penetrar como afluentes en la de la legislación castiza, que durante la colonia se había dictado observando necesidades y ensayando maneras de salvarlas. También en este campo las aguas se desbordaron sin fecundizar. Pero al fin y al cabo el torrente ha surcado el terreno, por donde ha de transitar el hombre de Estado en Centroamérica; porque como dice el Padre Juan de Torre: "Es tan fuerte el uso continuado de cualquier cosa, que alterando el orden natural, causa nuevo orden; y yendo, al parecer, contra la naturaleza, vuelve por ella, en cuanto por costumbre y uso nuevo la reduce a la antigua fuerza que tenía".

Don Teodoro trazó con buen pulso el mapa político histórico de Costa Rica, "el país menos convulso que otros de la América Latina, pero de no menos incipiente cultura cívica que los demás". Los episodios enumerados en el discurso, golpes de Estado, largas dictaduras, cuartelazos para arrebatar el poder, son los mismos accidentes aquí y allá. En Costa Rica el torrente se tuerce, salta, pero se vuelve a enderezar y forma remanso, para descanso del pueblo flo-

tante sobre sus turbias aguas. En el cuadro, he percibido como diferencial con Nicaragua, la ausencia de la guerra civil, de larga campaña, librada entre dos bandos, bien definidos en el correr del siglo, que han llegado a formar la constante en nuestra historia, de una paralela tan rígida, como la de dos naciones distintas y rivales.

Cuando he viajado por tierra costarricense, cuando he leído la historia del llamado oasis de Centroamérica, cuando he conversado con sus hombres, sabedores, don Ricardo o don Teodoro, se ha despertado mi curiosidad de investigar los imponderables que puedan haber producido esta diferencia en los efectos de los mismos fenómenos en uno y otro país. Recuerdo sabrosas pláticas que sostuve con don Ricardo en el año mil novecientos treinta y ocho, durante el cual permanecí por varios meses en Costa Rica. Nuevos recuerdos que introduciré entre los renglones de don Teodoro, con temor de desafinar. Don Ricardo se interesó por el tema. Rechazó el cuento de diferencias étnicas entre nicaragüenses y costarricenses. Todo eso de gallegos en el sur y andaluces en el norte de nuestra línea divisoria, que se repite sin fundamento. Los dos pueblos proceden de la misma rama española de conquistadores, que en los días de la conquista y en los primeros años de la colonia, iban y venían de uno a otro territorio. Los mismos apellidos sueñan entre las familias básicas de una y otra sociedad. "Los míos, me dijo don Ricardo, Oreamuno y Jiménez, son tan ticos como nicas".

No nos satisficieron, ni a él, ni a mí, como definitivas las causas telúricas. Es verdad que lo apacible del clima de la altiplanicie, desde donde se gobierna a Costa Rica, puede producir modales de suavidad, diferentes a los usados al gobernar a Nicaragua, entre grandes calores que hierven la sangre. No se puede negar también que este alternar brusco entre aridez y fertilidad, producido por un corte de-

masiado preciso de las dos largas estaciones, la seca y la lluviosa, puede ser excitante de la fantasía perturbadora en Nicaragua. En cambio la larga primavera de Costa Rica, puede uniformar la imaginación para serenar los actos de los hombres. Pero si se aceptan como influyentes tales motivos, no alcanza ninguno de ellos, por sí solo, a explicar los efectos calmantes del fenómeno, en Costa Rica o Nicaragua.

Don Ricardo insistió en que la pobreza de Costa Rica durante la colonia y en los primeros lustros de la república, en cuanto a artículos de subsistencia, había sido el incremento del amor a la paz de los costarricenses. Este amor, prevaleciendo sobre toda ambición de clases, de partido, o de caudillo, había producido el tranquilo prosperar del liberalismo. Comparaba esa pobreza con la abundancia de Nicaragua en punto de alimentación, y recordaba que los conquistadores, habían llamado a Nicaragua, **el paraíso de las facilidades**.

“La menor de las guerras civiles de los nicaragüenses, dijo don Ricardo, dejaría a los costarricenses con hambre por un lustro. El temor al hambre hizo que nuestros padres en vez de combatir a las dictaduras procuraran suavizarlas. Y por ese temor, aunque parezca a usted una paradoja, hemos sido tan severos con las ambiciones perturbadoras de la tranquilidad pública. En la pacífica Costa Rica, es en donde más hombres ilustres, distinguidos patricios, han subido al patíbulo político. Morazán, Mora, Cañas, están ahora consagrados por sendas estatuas, pero antes fueron sacrificados por sendos pelotones de fusileros, para cimentar el orden público”.

Me impresionó el razonamiento. El Académico Pedro Joaquín Cuadra Chamorro comentó en un folleto la conversación. En realidad el factor pobreza, suele resultar algunas veces, elemento benéfico de educación, tanto en los in-

dividuos como en los pueblos, a quienes conduce a buscar las fuentes del trabajo para prosperar.

Insistí sin embargo, en las causas ambientales. Me parece innegable que los ánimos de los que gobiernan y de los gobernados se afectan por el clima, que tiene parte en las culpas del mutuo violento reaccionar entre gobernante y pueblo, el uno ante la terca oposición, el otro ante el mandato arbitrario. Quien lo ha respirado sabe lo sedante que es el aire fresco de la altiplanicie costarricense. En cambio el clima ardoroso de nuestras ciudades rectoras, torna vehementemente al más calmo.

Es la oratoria parlamentaria buen campo para observar estos efectos del clima. He visto una discusión en el congreso de Costa Rica. Por honda que sea la divergencia, los diputados difícilmente pierden el compás. Los discursos corren con serenidad, según la elocuencia del parlamentario. Don Teodoro dice de don Ricardo: "Su expresión recordaba más bien la de los oradores ingleses". Otro tanto puede decirse de don Teodoro, quien le haya escuchado.

En cambio, si las casas rindieran testimonio de lo que pasa entre sus paredes, lo que pudieran contarnos este salón respecto a los debates que ha oído. Se abre la sesión de la cámara avanzada la hora de la mañana, los diputados se pronuncian comedidos y corteces. El termómetro sube un grado cada hora. Al mediodía por filo, el ambiente está inflamado, los oradores se sofocan, la más pequeña alusión los irrita, la discusión se torna disputa y las voces gritos. Las mentes ofuscadas caen en una confusión de términos, en donde las razones naufragan. Una vez el senador Rodolfo Espinosa, elocuente en cualquier parte donde haya elocuencia, propuso que se postergara una discusión enardecida, **para cuando hubiese refrescado la tarde**. Dió resultado la táctica. Puesto el sol caldeador de sangres tro-

picales, se comprendió que no eran de vida o muerte las diferencias discutidas, y se conciliaron los términos.

Ha corrido más de una década desde aquellas pláticas con don Ricardo, a quien ya no me será posible preguntar de nuevo. Pero ahora que trato de ello con su discípulo, se me ocurre proponerle como un imponderable historicista, que ha contribuido a la obra de labrar la fisonomía de cada nación hispanoamericana, la de la influencia perdurable de su fundador español, que dejaba sobre ella como una impronta de su recia personalidad. Pareciera como si semejante personaje se erigiera en ejemplo permanente para la educación de los hombres directores que habrían de sucederle en los siglos. Macaulay, estudiando en uno de sus ensayos, la profunda influencia del que impera en la sociedad, cuenta que durante la dictadura de Oliverio Cromwell, como tenía el dictador marcada pronunciación nasal, todos en Inglaterra procuraban hablar con las narices. Y cuando más tarde, por la restauración de los Estuardos, dominó desde el trono Carlos II, que había aprendido en el destierro la extremada cortesanía francesa, en Londres, los caballeros barrían las calles al saludar, con las plumas de sus sombreros. Flota sobre los modales sociales y sobre las maneras esenciales de las naciones hispanoamericanas, como una emanación del carácter del fundador de sus ciudades y primer organizador de su Estado. Por las calles de Bogotá, ciudad de las letras clásicas en América, parece vagar con su pluma en la mano, y la espada en el cinto la sombra de Gonzalo Jiménez de Quezada, militar letrado. México, aunque reniegue de Cortés, se desorienta cuando deja de divisar su estrella. Sería larga la enumeración; y nos bastará fijarnos que en los bruscos desequilibrios de la balanza política de Nicaragua, pareciera que hubiese caído en uno de sus platos, el peso de plomo de nuestro insigne viejo Pedrarias; y en Costa Rica en lo más crítico del desequilibrio

de la balanza, pareciera que de repente la calmara el pulso sereno de Vásquez de Coronado puesto en el fiel.

Pedrarias Dávila constructor de nuestra nacionalidad quiso edificarla sobre profundo cimiento. Nació en Segovia de España, hermoso de rostro y elegante de porte, fué llamado el Galán; cortesano y guerrero, ágil en quebrar cañas y romper lanzas, fué llamado el Justador. Vino a América ya viejo, duro de carnes para adaptarse al bravo medio indígena. Aristócrata, muy bien casado, por él y por su mujer, tenía fuertes agarraderos en la corte. Imperioso de genio, se siente con poder para no admitir réplica. No le gusta que otro discuta sus órdenes. Tuvo la originalidad de pedir que no se consintieran abogados en su expedición. El rey se lo concede: "Otrosí, es nuestra merced y voluntad de dar e damos libertad a la dicha Tierra Firme, para que por tiempo de los dichos cuatro años y más cuanto fuere nuestra voluntad, ningún letrado ni otra persona que allá fuere no pueda abogar, ni abogue . . .". Cuando se proponía un fin rompía el obstáculo. Fué cruel en sus obras. Oviedo dice: "Sospecharon que el gobernador que llevábamos había de ser muy riguroso o que había de hacer cosas de hechos, sin **atender derechos**". El emblema de Pedrarias fue básico para nuestra edificación.

Juan Vásquez de Coronado nació en Salamanca, y con ello parece recibir el sello de su personalidad, más amiga de derechos que de hechos. Vino a América de diez y siete años. Casó con una pariente de Pedrarias Dávila. Fué muy joven Alcalde Mayor de Guatemala, donde se ejerció en el trato con los indígenas, en las empresas individualistas de los conquistadores de México. Era rumboso, gustaba de convidar a su mesa, y usaba en la calle tren ostentoso. Tenía fino tacto. De sus maneras escribe Fray Pedro de Betanzos: "sepa vuestra majestad que dando gloria nuestro Señor, que no ha habido en las indias todas, conquista más

sin prejuicio y sin cargo de la real conciencia de vuestra majestad, que es ésta".

Sigamos las huellas, de estos conquistadores, respectivamente en Nicaragua y en Costa Rica. Tal vez me alucine, pero me parece que sin perder el hilo, se puede llegar al través de las generaciones de Nicaragüenses y Costarricenses, a las personalidades, también eminentes, del General José Santos Zelaya y el Licenciado Ricardo Jiménez. Fué hombre de acción el primero, y de leyes lo fué el segundo, y uno y otro, exponentes en su patria, del liberalismo. Puede ser que no alcance a dar perspectiva a la procesión para la prueba. Se la dejo encargada al recipiendario, hombre amigo de investigaciones, para que ahonde sobre ella con su fino ingenio.

Don Ricardo es un político letrado. Razonador, amigo más de convencer que de vencer. Tiene fe en las instituciones libres, y cree el mejor método para establecerlas, el practicarlas desde el poder. Hemos visto que fué educado sin salir de su país, al lado de su padre a quien ve sufrir con paciencia y operar sin rencor. Recibe lección de nuestro don Anselmo Rivas, de que la libertad es la mejor solución de los problemas sociales, políticos y económicos. Llega a la Presidencia y usa métodos de suavidad, operando a la sombra de Vásquez de Coronado que cubre la vida de Costa Rica. El pueblo refrescado bajo esa misma sombra, entiende que debe ser su guía don Ricardo, y como dice don Teodoro, en él delegó su facultad de pensar.

El muy nicaragüense General José Santos Zelaya abrigó en su pecho el mismo liberalismo de don Ricardo. Creía en las instituciones libres, pero para implantarlas, sin admitir demoras, usó el método de la imposición. Fuera de Nicaragua he rectificado varias veces opiniones ajenas, de los que le han creído una especie de bárbaro, por prejuicios

contra los dictadores. Recibió su instrucción en París, en donde concluyó su carrera del bachillerato humanista, alcanzando buenas notas. Don Dionisio Chamorro, que guardaba prisión de su orden en la penitenciaría, fué llevado una vez a presencia del presidente Zelaya, que había sido su condiscípulo en Francia. El General Zelaya hizo cargos a don Dionisio de conspiración. Don Dionisio en su defensa dijo en latín el principio de una frase de Cicerón, tomada del texto que estudiaron él y Zelaya en el Liceo. Rápidamente Zelaya completó la frase; y enseguida desarrugó el entrecejo, suavizó el semblante, y dió libertad al señor Chamorro. Era físicamente muy fuerte, con fama de derribar al que le ponía el puño en el cuerpo. No admitía discusión de sus órdenes. Poseía grande actividad e irresistible don de mando. El pueblo de Nicaragua delegó en él la facultad de accionar. La sombra de Pedrarias Dávila le cubrió, y por ello, sintiendo angosta su jurisdicción, inquietó a Centroamérica y aun avanzó sobre Colombia, Ecuador y Venezuela, con miras de imponer regímenes liberales.

Don Ricardo y el Gral. Zelaya cultivaron buena amistad. Durante uno de los conflictos centroamericanos en que el Gral. Zelaya comprometía su poder, chocó estrepitosamente con don Rafael Iglesias, Presidente de Costa Rica. Zelaya levantó un fuerte ejército para lanzarlo sobre la frontera sur. Era el año de mil ochocientos noventa y ocho. Despuntaba en Costa Rica don Ricardo, como una promesa, por su inteligencia y por su porte. Zelaya con su buen ojo lo divisa. Le escribe una carta invitándolo a tomar el poder de su patria, para lo cual le ofrece el apoyo de su ejército. Era fama en Centroamérica de que Zelaya nunca auxiliaba a medio partir, sino a partir por entero contra su enemigo. Don Ricardo contestó la carta en términos corteses. Agradeció el ofrecimiento, afirmó su oposición al régimen de Iglesias, pero estimaba que ningún poder valía el precio de ensangrentar a Costa Rica y que era menos perjudicial

para su pueblo soportar el gobierno de Iglesias, que desatar la guerra civil, fuente interminable de males. Cuando leí esos documentos percibí la diferencia de procedimientos. El General Zelaya, puestos firmemente sus pies en Nicaragua, obraba tal cual Pedrarias hubiera obrado al chocar con Cortés o con Balboa. En la respuesta de don Ricardo, interviene el espíritu de Vásquez de Coronado, que procuraba proceder **sin perjuicio y sin cargo de la real conciencia**, aquí la conciencia del pueblo de Costa Rica.

El General Zelaya en la oposición no hubiera rechazado la tentadora oferta, y difícilmente la rechazara en su hora cualquier otro nicaragüense. Para cerrar el paralelo entre los dos hombres eminentes, no resisto la tentación de relatar otra anécdota, que compensa la anterior en el paralelismo que sigo. Me la contó don Juan Bautista Lacayo, persona circunspecta. Cuando Zelaya llegó a León para incorporarse a la revolución del once de Julio de mil ochocientos noventa y tres, dispusieron reunirse en el pueblecito de Momotombo, cabe al humeante volcán, don Francisco Baca, el General Anastasio Ortíz, el General José Santos Zelaya y otras personas importantes, para ver de unificar las fuerzas revolucionarias, conciliando las aspiraciones de los tres caudillos mencionados. Convinieron en formar una junta de gobierno y se procedió a levantar el acta respectiva. Servía de escribano don Juan Bautista Lacayo. Redactada un letrado: "Se instalará una junta de Gobierno revolucionaria formada por . . .". (Aquí los nombres de los revolucionarios superiores). "Esta junta será presidida por . . .". El redactor guardó silencio. Don Juan Bautista alzó la pluma, en espera del nombre. Ortíz miró a Baca con desconfianza. Baca igualmente miró a Ortíz. Un incómodo silencio pesó sobre la reunión. Entonces con garbo se puso en pie el General José Santos Zelaya, y en tono pausado y rotundo, dictó: "Presidida por el General José Santos Zelaya". Nuevo cambio de miradas. Nuevo breve

pesado silencio. Don Juan Bautista escribió, Zelaya se sentó satisfecho. Dictó y fué dictador.

Reconcentremos estos comentarios sobre la persona del biografiado. A la luz de la biografía escrita por don Teodoro, nos resulta don Ricardo un político filósofo. Pero aislada la expresión, ¿cuál vendría a ser el sustantivo y cuál adjetivo? Hemos dicho que la política domina todas las otras actividades del pensamiento. El hombre puramente intelectual es muy raro en Centroamérica y al hacerse público pone la mente bajo dependencia. Cualquiera que sean las labores de la inteligencia van a parar a la política. Don Ricardo se puede decir que nació en la política; y por imperativo atávico dió los primeros pasos sobre su senda. Entregado a esa actividad arrolladora, su filosofía no consistió en adoptar ésta o aquella doctrina, sino en un proceder o en una manera de colocar su espíritu frente a su circunstancia. De los aforismos que repetía, cotejados con el modo de producirse frente a la vida, se nota en lo profundo de su pensamiento un poco de escepticismo. Lo prueba el culto que rendía a Voltaire, cuyas irónicas negaciones le satisfacían. El medio social y familiar en que nació y creció no era propicio a esa filosofía. La familia de don Ricardo era profundamente católica, y formaban su atmósfera, aires favorables al cultivo de su jardín con flores cristianas. Algo debe de haber perturbado su desarrollo para que difiriera de su hermano don Manuel de Jesús, espiritualizado hasta el misticismo. Su reacción ante los injustos sufrimientos políticos no fué pesimista, para poderle atribuir su escepticismo. En política más bien reveló un optimismo sistemático, sin el cual no se podría explicar su fe en las instituciones libres.

Aristóteles señalaba a la melancolía como una fuente productora de filosofía. La melancolía se produce cuando algún fracaso quiebra ilusiones. El hombre, más si es jo-

ven, se siente desamparado frente al universo, y lo interroga. Su filosofía será la contestación que la propia inteligencia da a esa interrogación. La respuesta de don Ricardo fué el de un fino escepticismo, que debilitó su fe en lo divino, que le hizo irónico ante las cosas sociales; pero sus antecedentes le llamaban en otro sentido, y se produjo la sublevación interior, de lo intrínseco contra lo extrínseco, que produce la inquietud romántica.

¿En qué plano pudo sufrir don Ricardo esa quiebra de ilusiones, habiendo sido desde mozo mimado de la fortuna? Hay indicios que en el campo del amor, fué donde sufrió el fracaso orientador o desorientador de su personal filosofía.

Cuentan crónicas sociales de San José, que tuvo don Ricardo, en su mocedad, una bella novia. Distinguida por linaje, hija del entonces Presidente de la República, pura por sus virtudes, se la pasó por los ojos el destino, como luminosa esperanza. Gallardo él, de la misma clase social, de gran porvenir por su inteligencia y otras prendas, el amor brotó alegre y sin vislumbrar contradicciones. Pero la niña era una princesa en el plano político. Repito que la política todo lo absorbe en Centroamérica. Es un episodio pintoresco en la democracia hispanoamericana, el de la presencia y asistencia de la princesa, para la solución del difícil problema de la sucesión presidencial. Son resabios dinásticos de la República los matrimonios políticos, que entran en las tácticas democráticas como elemento conciliador, tal cual en las monarquías. La novia de don Ricardo, delicadísima flor de palacio, tenía un destino que cumplir, que la apartó de la ruta de su primer caballero.

El joven Ricardo fué agradablemente sorprendido de que se le nombrara Ministro Plenipotenciario de Costa Rica en México, para conseguir que don Porfirio Díaz pusiera riendas a Rufino Barrios en su ofensiva unionista de 1885.

Se alejó de Costa Rica muy ilusionado en lucir sus altos dotes en misión tan delicada, para hacerse aun más merecedor de la dama de su pensamiento. En su ausencia, la princesa fué dada en matrimonio a un político de prestigio, para garantizar en la sucesión presidencial la influencia del círculo de su familia. Así fué la esposa del sucesor de su padre, en la Presidencia de la República; y la sucesora de su madre en la categoría de primera dama. En la democracia es función burocrática la de formar, con su flor y nata, una élite que llega a tomar los caracteres de una aristocracia, llámese oligarquía o llámese olimpo.

Cuando regresó don Ricardo, vivamente emocionado, perdió la fe en los anteriores resortes de su vida. Su inteligencia fué inundada por el escepticismo que fluía de su corazón. No es insólito el caso, igual melancolía ha producido en mente superior, el principio de algún sistema filosófico.

Kierkegaard sufrió igual crisis, por el rompimiento de su primer noviazgo con la bella Regina Olsen. Por tímida desconfianza en sus propios méritos para merecerla, rompió sus relaciones, o como decía él mismo, por amor mató su amor. Enseguida sintió la angustia, punto de partida de la filosofía existencialista. La angustia es un deseo dirigido hacia lo que se teme, definía Kierkegaard. Para don Ricardo, probablemente fué un deseo dirigido a lo que no se pudo alcanzar. Entonces debe de haber tomado ante la vida el tono irónico y al mismo tiempo mundano del volterrianismo.

Pero los atavismos cristianos, contrapesan a su escepticismo, y lo hacen guardar equilibrio, dentro de su carácter, con el respeto a valores abstractos, que no tienen la fuerza de los valores absolutos y divinos, pero inspiran ideales. Esos combates dentro de su espíritu, determinaron su

romanticismo. El liberalismo es el romanticismo de la política; desata todas las trabas; y desespera de atarlas de nuevo, cuando sueltas perjudican. Voltaire le dice es preciso vivir antes que filosofar, y se lanza a la política, en donde persigue satisfacer un deseo romántico de dominar sobre la sociedad, en que cosechó la fruta amarga. Por su mismo romanticismo en su vida pública rinde un culto maquiavélico a la fortuna, que el florentino tenía por ratificadora indispensable del mérito; y por ello quiso estar rodeado de sólo personas de buena suerte. Pero al actuar, por el impulso adquirido de sus virtudes familiares, no entrega el destino de su patria, a la simple concordancia entre el movimiento de sus acciones y el movimiento de la rueda loca de la fortuna, sino que trabaja en prevenir el mal y en procurar el bien, para provecho de los costarricenses.

La biografía está llena de esas contradicciones humanas entre lo intrínseco y lo extrínseco de su ser. Su caída en ansiedad por su primera pasión contrariada, le empuja a probar la suerte en juegos de azar. Pero a la sola llamada de un chino, que le recuerda sus deberes de honorabilidad ancestral, da la vuelta en redondo, y se aleja de los garitos. Caballero por estirpe, no se despecha como ruin, contra las mujeres, sino que reacciona en el sentido de una benevolencia, que cubre a vírgenes y pecadoras. Derrama, hasta en su ancianidad, sin agotarla, la gentil cortesía, que le atrajo la simpatía de las damas. Mujeres de todas las clases sociales, con ternura, le llevaron en sus hombros al cementerio, el día de su entierro. Si le hubiera sido posible, es seguro que desde el féretro, les hubiera dicho la postrer galantería.

Oí comentar en tertulias de San José esa gentileza suya. Alguno que no simpatizaba con el hombre, la atribuía a una genialidad de su cínica despreocupación. Se equivoca. En primer lugar no creo que exista la despreocupa-

ción de fondo en ninguna inteligencia superior. La inteligencia es una función de suyo preocupada. Fue la despreocupación una falsía del romanticismo. Fíguro la denuncia con su fina ironía, al decir, que el ser despreocupado era la mayor preocupación de su siglo. Todo indica que esa su indulgencia general para vírgenes y pecadoras, tenía sus raíces en el paso que conservaba en el fondo de su alma de caballero cristiano, inspirada en la evangélica magnanimidad de Nuestro Señor Jesucristo, para las mujeres, que paternalmente perdonaba, por juzgarlas prestas a la enmienda.

La biografía escrita por don Teodoro ha destacado sobre datos hábilmente escogidos, una psicología atrayente. Un intelectual que se eleva por el estudio, pero a quien no hacen olvidar las letras las prístinas realidades de su propia vida. Se conserva campesino en el alma; ganadero de los que saben conversar con sus vacas; sembrador, de los que se deleitan en el paisaje. Se sumerge en la política, pero el amor primitivo a la belleza, no permite que se endurezca su corazón. Su ambición de dominio, no le hace perder el sentido recto de justicia que bebiera en su infancia, en la fuente cristalina de su hogar. Indudablemente fué ambicioso, pero no desafortado. No rehuía el discutir sus propios hechos, a los cuales no atribuía infabilidad, al convertirlos en mandatos. Fue popular, cosa rara en un intelectual, tratándose de un pueblo de cultura cívica incipiente. Su maestro don Anselmo Rivas, que se le parecía en muchos aspectos, fué de gran prestigio entre nosotros, pero no gozó de popularidad. Sería un error confundir los conceptos de prestigio y popularidad. El prestigio es el reconocimiento general que se hace de los talentos o virtudes de un hombre; es cotización limpia de las cualidades superiores de un personaje. La popularidad es la influencia de un individuo sobre la masa viva. Vibración del pueblo por la seducción de un hombre, en sentido del bien o del mal. Exhibe al

pueblo de Costa Rica en alto nivel de cultura, el hecho de la popularidad de un hombre de alto prestigio, que asentó su poder sobre resortes espirituales. Ese llegar, irse y volver a llegar por tres veces al Poder Público, sin más fuerzas que las de su inteligencia, sin armas que infundan temor, sin riquezas para sobornar, sin rebajar su mente para halagar a la muchedumbre, es caso excepcional, y justifica la complacencia con que el mundo civilizado mira a ese pequeño país.

Aquí termina la glosa. No volverá más don Ricardo Jiménez al escenario político. Se retiró definitivamente tras los bastidores de la muerte. La pregunta de esta noche, después de examinar su vida, es si perdurará su liberalismo como faro de orientación para su patria?

Nuestros padres también fueron liberales. Tuvieron fe en la libertad. Dominó sus inteligencias el humanismo del siglo XIX, que se afirmaba sobre los valores abstractos de la libertad y de la igualdad. Pero la duda es el denominador de la sabiduría liberal. La duda socava toda fe, y ligada a la experiencia ha hecho vacilar también la creencia en la libertad.

Alguien ha dicho que el liberalismo que no cree y vive como si creyese, ha sido desbordado en el mundo por su propia circunstancia. En esta encrucijada de la historia por que pasamos, cuáles de los santuarios invisibles del liberalismo, de que habla Maritain, se podrán salvar? Flotará siquiera sobre el naufragio, su esencia cristiana, que es el respeto a la personalidad humana?

No siendo posible en esta noche dialogar ampliamente con el nuevo ilustrado académico, suelto al aire estas preguntas.

He dicho.